

The background of the cover is a photograph of three wooden canoes floating on a body of green water. The canoes are arranged diagonally from the top left towards the bottom right. The top canoe is light brown wood. The middle canoe has a blue-painted hull. The bottom canoe is dark, possibly charred or stained wood. The water is a murky green color.

Literatura *Y* Justicia

# Honorarios

José de la Cuadra

*Prólogo de Efraín Villacís*







COLECCIÓN

Literatura *Y* Justicia





José de la Cuadra

# Honorarios

Prólogo de  
Efraín Villacís

COLECCIÓN  
Literatura  Justicia

**COLECCIÓN**  
Literatura  **Justicia**

**Presidente del Consejo de la Judicatura**

Gustavo Jalkh Röben

**Vocales**

Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez

Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

**Consejo Editorial**

Juan Chávez Pareja / Néstor Arbito Chica

Efraín Villacís / Antonio Correa Losada

**Director de la Colección**

Efraín Villacís

**Editor General**

Antonio Correa Losada

**Director de la Escuela de la Función Judicial**

Tomás Alvear

- **Diseño y Diagramación**  
Alejandra Zárate / Soledad Jácome
- **Fotografía de Portada**  
Andrés Laiquez
- **Revisión bibliográfica**  
Gustavo Salazar
- **Revisión y corrección de textos**  
Susana Salvador / Estefanía Parra
- **Secretaría Editorial**  
Gabriela Mora

**Apoyo Técnico Gaceta Judicial**

Santiago Aráuz

ISBN 978-9942-8513-2-1

**Editogran S.A**

Distribución Diario «El Telégrafo»

**Proyecto Editorial Consejo de la Judicatura**

Reina Victoria N23-101 y Wilson

[www.funcionjudicial.gob.ec](http://www.funcionjudicial.gob.ec)

Este libro es una publicación de distribución gratuita y sin fines de lucro

Quito, Ecuador 2014

# Contenido

<i>Prólogo</i> de Efraín Villacís	11
Honorarios	21
La Tigra	33
Un telegrama	79
Intermezzo musicale: solo de clarinete	80
Y otro telegrama	90
Los Sangurimas. Novela Montuvia	93
Teoría del Matapalo	95
Primera Parte. El Tronco añoso	97
I	
El Origen	97
Gente de bragueta	100
Los amores del gringo	101
Cuna sangrienta	102
II	
Leyendas	103
Amistad de ultratumba	104
El capitán Jaén	108
III	
Pacto satánico	110
El precio	112

El entierro	114
IV	
Rectificaciones	116
Mazorca de hijos	118
Hábitos fúnebres	119
Apariciones	121
V	
El río	122
Viejos amores	125
Tierra pródiga	126
El árbol del muerto	127
VI	
Acuerdos familiares	128
La casa grande	130
Contemplaciones	131
El viento sobre el río	132
VII	
Memorias	133
La mama	134
Líos judiciales	137
Segunda Parte. Las ramas robustas	141
I	
«El acuchillado»	141

II	
El padre cura	149
III	
El abogado	157
IV	
El Coronel	165
Hazañas militares	169
Cambio de vida	173
Comadreos	175
V	
Comentarios	176
Bejucos	178
Tercera Parte. Torbellino en las hojas	179
I	
Vida patriarcal	179
II	
Las tres Marías	181
«Los Rugeles»	183
Niños mimados	185
III	
Enredos amorosos	186
Declaración de guerra	188

IV	
Temores	192
La fuga	192
La búsqueda	193
Mortecina	196
El hecho bárbaro	198
V	
Opiniones	199
Intervenciones	200
Persecución	202
El combate	203
VI	
Bandos	205
La captura	206
Tentativa	208
Epílogo. Palo abajo	209

## *Si no lo leo, no lo creo*

**T**itulo esta relectura parafraseando un dicho popular, que viene de un anecdotario del Nuevo Testamento, sobre el personaje con nombre de bribón y de broma, en el momento de su incredulidad era nada más uno, de los doce del camino, que quería ver y tocar la herida del redentor para luego, seguro de los hechos, predicar la palabra (de él) bajo la garantía del milagro de la resurrección. A don Tomás se le recuerda más por su exigencia que por su bondadosa prédica milenaria, si llevó el mensaje por otras latitudes no se sabe hasta la presente fecha, si fue él o su gemelo tampoco, su segundo nombre fue tautología.

A José de la Cuadra lo hemos leído todos, y nadie también. Lo recuerdo entre mis lecturas adolescentes y más tarde con cierto hato de inteligencia y sobriedad, con relaciones literarias, parangones geográficos hasta paralelismos lingüísticos. La osa-

día me persigue, trémulo me ahogo en la búsqueda de una disquisición donde no quepa la menor duda de que la literatura *delacuadrana* es única entre todas las de su generación, después de ella, ahora y en adelante.

Las pasiones montubias aún me sublevan, las sigo, en esta edición, sin pista ni sosiego, paso de la fábula a la fantasía (revisen diccionario al uso para su diferenciación), de la realidad a la ficción, del folclor a la magia y termino en el nunca mejor ponderado realismo mágico, definición *literaturesca* que nos ha servido para ubicar al guayaquileño entre el México rulfiano y la Colombia garciamarquiana. No ha influenciado en nada, dicen de la obra de don José, pero hay cauces de la imaginación que coinciden en los paralelismos discursivos de la historiografía<sup>1</sup>.

Libres de polvo y paja los seres humanos tratamos de convivir los unos con los otros, ellos con aquellos y esos con estos. Yo me ubico aquí delante de todos para hurtarles de lazarillo por los vericuetos verbales del volumen 4 de la colección *Literatura y Justicia*, dedicada al mentado José de la Cuadra, quien le dio vida a un lagarto, ensayó sobre una «especie» social, dándole un carácter soberano,

---

<sup>1</sup> Favor revisar el prólogo del Profesor Humberto E. Robles a la edición de *Los Sangurimas y otros textos*, publicados por la Campaña de Lectura «Eugenio Espejo» en la Colección Luna llena, en el año 2004. También Wikipedia, Google y otros buscadores.

libérrimo y aterrador: montuv(b)ios, ya sea *en* griego o latín, y terminó recreando un universo que aún subsiste por sus propios fueros, sin necesidad de rescate o protección.

En páginas web en abuso y bibliografías en desuso no aparece (no he buscado mucho que se diga) el cuento-crónica-relato «Honorarios», texto anterior en publicación, estilo y riesgo literario al resto que compone la presente antología. Texto corto en páginas y de propuesta, que le ha servido al editor para caer como anillo al dedo en un tema de abogados, en una curiosidad bibliográfica para ascender entre los cauces narrativos de *de la Cuadra* y enfrentarnos a un universo que sin confesión de parte ni relevo de pruebas, corresponde a una identidad ecuatoriana y regional con una particular visión del mundo, con características propias que reconocen un devenir sin obligaciones de pertenencia, tiempo o espacio.

Las deudas se pagan en contante y sonante o, en su falta, en especies. Estas especies no han cambiado mucho entre las costumbres mundanas de estos lares, y la forma de cobrar los honorarios, del doctor Cercado, están más cerca del deseo por imposición pecuniaria que por conquista galante y arrobadora. Del cuento «Honorarios» nos queda la costumbre de cobrar como se pueda para no perder la dignidad que no se tiene. La justicia, dicen, es dar a cada quien lo que le corresponde, sea cliente o abogado defensor.

La ironía se cuele en la narrativa del guayaquileño y con pinzas hay que tomar la risa que provoca o las de villadiego por el horror que impone, demiurgo indolente que va dejando a sus huestes hacer y deshacer a su albedrío, sin olvidar que el premio tarda pero el castigo nunca. Ley de dios y de hombres, estos arrimados a la idea de su hombro paterno, arrojados ante la ira de su penalidad, él es texto que se recita, oraciones que se rumian. Agustín y Pelagio siguen en el concilio inútil de su discusión.

Me alejo de esa enmarañada brega teológica que no la entienden ni ellos, colmo críptico de un creador preguntando por ahí acerca de su destino ulterior. José de la Cuadra parece proponer en su escritura las formas de un pasado ajeno, y su lectura es inmiscuirse en el presente latente de los personajes recreados, que siendo únicos son reflejos de otros, bárbaros universales, pasado inmediato que tememos. Hoy es hoy; mañana, nunca. *La Tigra* no deja de suceder, gira como tiovivo. Móntense y manden.

Francisca domina el fundo, a su casa se llega, nadie se va de ahí. Quizás se esconden, se deshacen en su permanencia, la vida es cuando ella domina, cuando sus deseos y temores se exponen como gozo y miedo, en tajo y sexo, el amor es solo el dolor latente de un sueño interrumpido. De la Cuadra consigue que la voz narrativa nos descubra ese mundo como un parque atroz de diversiones, lleno de luces y efectos

de sonido, con vértigos y placeres. Las situaciones narradas son como juegos independientes que embaucan a unos, hipnotizan a otros, cargan y dominan a todos quienes van en busca de descanso, comida, o hueco para el placer o su muerte, que llegado el caso, en el monte, es más o menos lo mismo.

Sabemos de todos los personajes a través del relente de *La Tigra*, omnipresente hasta en el antes de sus padres asesinados, en la valentía cobarde de los hombres. Ella es tiro y ráfaga, fuerza y molicie, ella es sentencia y verdugo, maldición y magia. El demonio le sirve para rezarle a Dios si fuera necesario. Todo es posible en su ley, falo y vulva que domando se doman. La naturaleza también está a su servicio, el árbol y el río, la fruta y la tierra, la lluvia arrecia para que suceda el crimen pero le sirve también a su venganza. Solo los muertos no pueden hacer justicia, por eso *La Tigra* vive a pesar de sí misma, como el «fiel amigo» no se falla ni en el hambre.

El sol clarea como repunta la marea en el río, así va *La Tigra*, por décadas, cayendo y levantando en «Las tres hermanas» dando posada y ganando centavos, pagando peones y sirviéndose hombres, hembra joven, diosa amazona que sigue sorprendiendo en la feria del pueblo gracias al generador de luz de su soberbia con la vida, que prende los motores para quienes quieran leerla, apacentar en su catre, hasta que el día les espante el orgasmo a balazos.

La justicia es ubicua para quien crea merecerla, así describe el mundo José de la Cuadra, las habilidades de los hombres, los deseos de las hembras y viceversa. La naturaleza como escenario y guarida, los elementos como grito de río, susurro de viento, quejas de hombres, gozo de dioses y al revés también. Todo depende de quién manda, cómo, para qué. Nicasio Sangurima lo ha hecho todo y le falta morir a carcajadas, pero no logra hacerlo porque no ha llorado nunca a un muerto propio.

*Los Sangurimas*, para no contradecir a los exégetas de la obra del autor de «Banda de Pueblo» (texto que me hace falta y no es cuento), es el universo creado más completo de su narrativa, aunque no falte por ahí alguna comparación acuciosa y rutilante con algún autor ecuatoriano de su generación o de otra latitud comaliana o macondina. Perdonen que lo reitere pero esta *novela montubia* tiene su mal secreto y hay que descubrirlo en cada lectura, repetida o no.

De perogrullo es apuntar que la voz narrativa es colectiva, principalmente la tercera persona del singular o de la prole, nosotros o ellos, prolífica la verbalización de don José, pero sin decirlo no queda claro aquello del demiurgo y su creación. Construido el texto por viñetas que describen personajes y situaciones, anécdotas y acontecimientos, narran la vida en temporalidades que se van incorporando página tras página hasta lograr un sistema vivo e independiente

con momentos históricos definidos que nos compete como ciudadanos del mundo.

Al decir mundo no exagero, quizás la calidad de ciudadano sí, de la Cuadra teje tramas, hila enredos, arma mundos alrededor de la figura del viejo Sangurima, que tiene casi la condición de inmortal, hasta el final de la historia, que no se muere pero siente que todo ha terminado, porque la muerte le mira a los ojos y se hace respetar, se mueve sola y decide a quién se lleva y a quién le extiende aún su estancia en las riberas del río de los Mameyes, como decir en casa mientras los demás duermen.

La libertad y la justicia proliferan entre los personajes, unos más justos que otros, y ellos menos merecidos que los demás, hasta la revolución alfarista es pasada revista por algunas montoneras aprovechadas y oportunistas, quien no cree es que no ha visto, pero el mal le acompaña a uno sin anuencia de oración y ahí es cuando todo es cuestión de fe, y la fe se la lleva el diablo porque es quién firma el pacto, y el orbe de *Los Sangurimas* está definido, dios nada tiene que ver, él tiene otras ocupaciones, y es José de la Cuadra quien logra que todo suceda en ese mundo, con su propio suelo y cielo nada redentor.

Nadie tiene idea del tiempo pero está definido como espesa niebla, tiene peso y pasa, es la vida que continúa como las mujeres que paren hijos, nadie se encuentra pero todos son parte de lo mismo, la

misma raíz del matapalo, teoría que se defiende sola al inicio de la novela, no redundo en ella solo la recuerdo como a un huérfano querido, con quien, cuando vivía, compartimos alguna juerga. El logro de *Los Sangurimas* está en que parece un espacio paralelo que no se deja medir, como si evadiera los linderos que Nicasio expande en cada cabalgata, si supiéramos dónde empieza y termina «La Hondura», no habría historia, ni muertos que valgan ni injusticias que pagar.

*Los Sangurimas* se deja leer con los cinco sentidos, y es sentimental como un pasillo, pertinaz como lluvia y recia como una condena. Fluye como el agua y la oigo rugir por ahí entre las malas vidas de los personajes, donde barbarie y naturaleza son metáfora de existencia feliz, quien no ha gozado de nada tiene que quejarse. Por eso todos cumplen con la única ley, ojo por ojo y diente por diente, porque solo bíblica puede ser la bendición de un pueblo, y su maldición, lo que pase entre una y otra es apenas cuestión procesal.

Sí, llevo el agua a mi molino, es decir aunque gire eternamente la noria, no llevará más de lo que puede. Sabido es que la justicia es un tema de convivencia, de eso trata la vida dicen los que la han vivido para contarla, volver por las páginas de José de la Cuadra es creer en la literatura y su posibilidad, pero también es un guiño a eso que llamamos realidad, esa vana escapatoria cotidiana de los personajes de estas

historias que nos recuerdan el tránsito por la selva de papel o de cemento, entre las frases escandalosas de un escritor que no hizo otra cosa que leer en la condición de la especie y creer que nada hay impune en la existencia entre los seres humanos, a pie, a caballo o en tren.

**Efraín Villacís**



## Honorarios\*

— *P*ero, doctor, si ella no era virgen...

—Puede ser, señora; yo no pongo en duda, ¡oh, no!, lo que usted asevera. Mas, el informe pericial...

—¡Qué informe pericial, doctor! Nadie me convencerá jamás de que el peluquero Suipanta, ¡mudo morlaco!, y el carnicero Martínez saben examinar eso. ¿Es que han estudiado anatomía...? ¿Es que...?

—Será lo que usted quiera, señora; pero, el comisario, en el severo ejercicio de las funciones de su noble cargo, procedió correctamente

---

\* Tomado de *Horno*. Buenos Aires, Ediciones Perseo, 1940. pp.79-86. (Colección América).

al nombrar empíricos para el rápido reconocimiento de la violada... El Código de Enjuiciamientos en Materia Criminal, en su artículo 72 –si la memoria no me es infiel–, faculta en casos como el que nos ocupa, cuando no hay profesionales en cinco kilómetros a la redonda... Verdad es que debió nombrar a mujeres... Pero, ocurre que las personas del sexo de usted, señora, con perdón suyo sea dicho, no se prestan para...

–Sí, sí, doctor. Comprendo. Acaso, somos más honorables... ¡Ah, dispense!

–Crea usted que si no se me alcanzara, como se me alcanza, cuál es su estado de ánimo, habría pensado que trata premeditadamente de ofenderme...

–Ya le pedí excusas. Vuelvo a pedirselas. En fin, doctor; yo no entiendo nada de nada... Con todo, pienso que el comisario debió buscar a otras personas, más calificadas, más expertas, que no a...

–Estoy al cabo, señora, de lo que usted insinúa; y, a este efecto, me permito advertirle que

hace usted mal, muy mal (y lo mismo los familiares de usted) al excederse en ciertos comentarios desdorosos sobre los señores empíricos que reconocieron a la menor desflorada por el hijo de usted. Lamentablemente, se ha hecho público que el otro día, en la cantina de Severiano Acosta, el hermano de usted dijo que no se explicaba cómo iban a entender de virgindades el carnicero Martínez, que sólo habrá visto la de las vacas, y el peluquero Suipanta, que ni siquiera conoce la de su propia mujer, porque ésta no estaba como debía cuando con él se casó... Repito sus palabras...

—Es de temer, señora, que esos caballeros, justamente indignados, propongan o intenten proponer querrela criminal por atentado contra su honra y consideración; y, acaso, su hermano de usted, usted misma, quizá, se vean envueltos en juicio...

—¡Oh, sería espantoso!

—Y es muy probable que ya hasta lo hayan incoado, según se me ha referido. Creo que mi colega de estudio, el talentoso doctor Martillo,

**José de la Cuadra**

hace actualmente gestiones ante el señor alcalde cantonal primero para...

Ahora la vieja lloraba a gritos. El abogado trataba de calmarla.

—Habría un camino salvador, señora.

—¿Cuál?

—Que su hijo de usted se case con la desflorada.

—Bien sabe usted, doctor, que eso no es posible, que él es casado ya...

—Lo cual agrava su situación ante la ley. Astrea, señora...

—Y aun cuando no fuera casado... ¿cómo iba mi Diego a unirse con una muchacha que será todo lo que se quiera, doctor, ¡hasta bonita!, pero que ha pasado por todos los hombres del pueblo...?

—Señora...

—Sí, doctor. Venga lo que viniere, habré de decirlo, ahora. Hasta usted ha vivido con ella. Es sabido eso. Todo el vecindario lo dice.

—¡Señora! Repare en que de mí depende...

—¿Qué, doctor?

—La libertad de su hijo.

—¿Y cómo?

—¡Ah! Las cuestiones judiciales son tan embrolladas como las famosas ecuaciones del griego Diofanto, señora: su número de soluciones es infinito; y, a veces, a veces, se encuentra alguna tan fácil, tan fácil...

—Le ruego que se explique.

—Pues, muy sencillamente. Está en mi mano hacer que mi cliente, el padre de la violada, retire la acusación... Está en mi mano que el señor comisario, a quien yo coloqué con mi influencia (no lo digo por alabarme), destruya el expediente, lo traspapele, ¿eh? ¡Cualquier cosa! Todo se arreglaría. Y su hijo saldría libre mañana... pasado mañana... ¡hoy mismo! ¿Por qué no?

—Haga eso, doctor. ¡Se lo suplico! Mi vida, toda mi vida... ¡Ah, no alcanzarían mis años a rezar por usted, a encomendarlo a Dios!

—Pero, naturalmente, eso que le digo, señora, tendría su precio. Mis honorarios...

—¿Sus honorarios, doctor? ¿Y de dónde se los pagaríamos? Bien sabe usted de nuestra miseria. Bien sabe usted que es el trabajo de Diego lo que nos mantiene: a mí, a mi hija Emérita, a la mujer de él, a los siete chicos... ¿De dónde, doctor, le pagaríamos? La huertita de cacao —once cuadritas, ¡lo único!—, está apestada con la escoba de bruja, con la monilla. No produce nada. La afecta, además, una hipoteca...

El abogado hizo un gesto vago, lento... No; él no era un hombre interesado por el dinero... ¿El dinero? ¡Puah! ¡Quédese para los metalizados, que rinden culto a ese nuevo Moloch que es el oro!

Se insinuó, mañoso.

La vieja intuyó. Comprendió luego, plenamente.

¡Ah! Quería a la muchacha, a la Emérita... La hermana del violador debía ser violada, ¿no es eso? Una suerte de talión.

Diente por diente, himen por himen...

El abogado explicó. No; no era un modo de cobrar el suyo.

Era que aprovechaba de la ocasión para tratar un asunto que, de antiguo, habría querido arreglar con la familia... Él no era feliz en su vida conyugal, ¡ah, no! Era muy desgraciado, antes bien. Su mujer no se avenía con él, y estaba maduro el proyecto de divorcio. Como fuera libre, él se casaría con la Emérita... ¡Muchacha más digna! ¡Un rey merecía que no a él, pobre y modesto profesional enredado en las cuatro calles de aquel poblachón oscuro, anónimo! La desposaría... ¡vaya que la desposaría! Pero, había que adelantarse, que asegurarse. Las mujeres, a lo mejor, salen enamorándose... y...

La vieja lloraba. Ya no hacía otra cosa que llorar. Era una madre infeliz que no sabía otra cosa que llorar.

El doctor, un poco fastidiado, se levantó para despedirla. Ya le contestaría la señora. Ya hablarían.

La vieja se secó las lágrimas, y salió.

En la casa hubo un conciliábulo entre las tres mujeres: la vieja, la Emérita y la Juana, mujer del preso.

Los siete chicos las rodeaban ignorantes, incomprensivos, pero atentos.

¡Oh, era imposible! ¡Cómo iba a ser, Dios mío!

Fue el parecer unánime.

Pero, en el silencio meditativo de la Juana, había una vacilación. Y, acaso, una resolución en cierne, un propiciarse al sacrificio, en los ojos negros y brillantes de la Emérita.

Pasaban los días. En la casa, hacía un ambiente hosco y pesado. Empezaba a escasear la comida. Para un chico que se enfermó, no hubo con qué llamar al curandero: se le daban tisanas de yerbas absurdas, cogidas a la medianoche... y, estaba ahí, a medio morir, muriéndose, en el camastro revuelto...

La Juana miraba con una envidia sorda a la Emérita. Comparaba con el suyo enflaquecido, arruinado por los siete partos llenos y los cuatro

abortos, el cuerpo rozagante de la doncella, y se sentía morir, peor que el chico...

Emérita creyó adivinar que su cuñada le había cobrado odio, un odio tan grande como si ella fuera, no ya el precio de la libertad de su marido, sino la causa de su prisión... y hasta de la enfermedad del rapaz.

La seguía... la espiaba...

Una tarde, mientras la Emérita se bañaba, abrió la Juana bruscamente la puerta del cuarto.

Quedóse en el umbral, contemplado a la desnuda que hacía empeños angustiados por cubrirse de las miradas con las manitas.

—¡Güena hembra eres, Emérita! ¡Con razón el doctor Cercado...!

Y los días se venían encima.

El comisario había dicho que el sumario estaba casi concluido y que, después de poco, mandaría el expediente a Guayaquil, a un juez de letras.

La Emérita acabó por resolverse.

Sin anunciarlo a nadie, una tarde fuese a casa del doctor Cercado.

Recibióla el abogado amablemente y la citó para media hora después en el estudio.

Dijo a su mujer, al marcharse para el encuentro:

—Va a declarar por fin la hermana de Diego Pinto, ¿recuerdas?, el canalla ese que violó a la hija de mi compadre Jesús Flores. No quería declarar la perra, y era indispensable que hablara: ella le alcahueteó la cosa al hermano. Se ha decidido, ahora, por las amenazas del comisario. Urge que yo esté presente; pero, volveré en seguida. ¡Cuida a los huahuas!

Besó a la mujer. Besó a los chicos. Acarició al perro. Y partió.

Una vez en su despacho, el doctor Cercado cobró debidamente sus honorarios profesionales: un poco de dolor y un poco de placer, rociados de sangre...

Cuando la Emérita regresó a su casa, se acercó a la cuñada y le susurró al oído:

—¡Ya!

Nada más. Pero, la Juana comprendió, y sonrió, agradecida. En cuanto pudo hablarle a solas, le ofreció sus servicios de mujer experta en esas cuestiones de después de aquello...

—Sobre todo, hay que atajarte la hemorragia...

El doctor Cercado era un hombre cumplidor de sus compromisos: al día siguiente, Diego Pinto salía en libertad irrestricta y el expediente se extraviaba definitivamente.

Mas, había que arreglar el asunto de las querellas propuestas por el carnicero Martínez y el peluquero Suipanta, los señores empíricos... los caballeros esos...

Las ecuaciones de Diofanto. Otra vez.

Se produjeron ciertos gastos.

La huertita de cacao atacada por la escoba de bruja y la monilla —once cuadritas, ¡lo único!—, hubo de pasar a propiedad del doctor Cercado, quien suplió las costas.

Pero, había que agradecerle siempre —¡no alcanzarían los días de la vieja a rezar por él!—,

porque, generosamente, se hizo cargo de pagar, cuando fuera oportuno, el crédito hipotecario que gravaba la finca.

## La Tigra\*

*L*os agentes viajeros y los policías rurales, no me dejarán mentir –diré como en el aserto montuvio–. Ellos recordarán que en sus correrías por el litoral del Ecuador –¿en Manabí?, ¿en el Guayas?, ¿en Los Ríos?– se alojaron alguna vez en cierta casa-de-tejas habitada por mujeres bravías y lascivas... Bien; ésta es la novelina fugaz de esas mujeres. Están ellas aquí tan vivas como un pez en una redoma; sólo el agua es mía; el agua tras la cual se las mira... Pero, acerca de su real existencia, los agentes viajeros y los policías rurales no me dejarán mentir.

---

\* Tomado de *Horno*. Buenos Aires, Ediciones Perseo, 1940. pp.155-198. (Colección América).

«Señor Intendente General de Policía del Guayas: Clemente Suárez Caseros, ecuatoriano, oriundo de esta ciudad, donde tengo mi domicilio, agente viajero y propagandista de la firma comercial Suárez Caseros & Cía., a usted con la debida atención expongo: En la casa de hacienda de la familia Miranda, ubicada en el cantón Balzar, de esta jurisdicción provincial, permanece secuestrada en poder de sus hermanas, la señorita Sara María Miranda, mayor de edad, con quien mantengo un compromiso formal de matrimonio que no se lleva a cabo por la razón expresada. Es de suponer, señor Intendente, que la verdadera causa del secuestro sea el interés económico; pues la señorita nombrada es condómina, con sus hermanas, de la hacienda a que aludo, así como del ganado, etc., que existe en tal propiedad rústica. Últimamente he sido noticiado de que se pretende hacer aparecer como demente a la secuestrada. En estas circunstancias, acudo a su integridad para que ordene una rápida intervención a los agentes de su mando en Balzar. De usted, respetuosamente. -(Fdo.): C. Suárez Caseros».

—(Sigue la fe de entrega): «Guayaquil, a 24 de enero de 1935; las tres de la tarde; Telegrafíese al comisario nacional de Balzar para que, a la brevedad posible, se constituya, con el piquete de la Policía Rural destacado en esa población, en la hacienda indicada, e investigue lo que hubiere de verdad en el hecho que se denuncia; tomando cuantas medidas juzgue necesarias en ejercicio de su autoridad. Transcribánsese las partes esenciales del pedimento que antecede. —(Fdo.): Intendente General».— (Siguen el proveído y la razón de haberse despachado el telegrama respectivo).

Son tres las Miranda. Tres hermanas: Francisca, Juliana y Sarita.

Su predio minúsculo —ellas le dicen «la hacienda»— no es más grande que un cementerio de aldea. Pero, eso no importa. Jamás las Miranda han tendido cerca en los linderos, sencillamente porque no los reconocen. Se expanden con sus animales y con sus desmontes como necesitan. Talan las arboledas que re-

quieren. Entablan potreros ahí en la tierra más propicia para la yerba de pasto.

El fundo está abierto en plena jungla, sobre las manchas de maderas preciosas. Se llama, en honor de sus dueñas, «Tres Hermanas», y desde él cualquier lugar queda lejos. El poblado más próximo es Balzar; y, para venir a Balzar, hay que andar, o mejor, arrastrarse por senderos de culebras, un día con su noche. En invierno, exponiéndose a toda cosa –por ejemplo, a matarse entre las piedras filudas, bajo la correntada–, se puede utilizar el camino del río, por el cual descenden, ayudadas desde el ribazo por las mulas, las tupidas alfajías. Sólo que esta vía del agua tarda un poco más en ser cumplida: hasta Balzar «se gastan» cuatro días y cuatro noches.

Entre cada Miranda y la siguiente, media aproximadamente un lustro de diferencia. Así, Francisca –la niña Pancha– va por los treinta años; Juliana, por los veinticinco; y Sarita es ya una ciudadana.

La hermosura de las tres hermanas no es únicamente rústica y relativa al ambiente. En justicia y dondequiera se las podría calificar de hembras soberanas. Refieren los balzareños que las Miranda tuvieron un antecesor extranjero, probablemente napolitano. Sin duda a este abuelo europeo le deberán las tres la tez mate y las cabelleras de ébano lustroso, amplias como una capa; Francisca y Juliana, los ojos beige; y, Sarita, los suyos maravillosos, color uva de Italia.

A la niña Pancha le dicen «La Tigra». No la conocen de otro modo. Ella lo sabe. Algún peón borracho mascullaría a su paso el remoquete, creyendo no ser oído. Ella habría sonreído.

—¡La Tigra!

No le molesta el apodo. Por lo contrario, se enorgullece de él.

—Sí; la Tigra...

A la niña Pancha le envuelve en sus telas doradas la leyenda. Pero, su prestigio no requiere de la fábula para su solidez. La verdad basta.

La niña Pancha es una mujer extraordinaria. Tira al fierro mejor que el más hábil jugador de los contornos: en sus manos, el machete cobra una vida ágil y sinuosa de serpiente voladora. Dispara como un cazador: donde pone el ojo, pone la bala, conforme al decir campesino. Monta caballos alzados y amansa potros recientes. Suele luchar, por ensayar fuerzas, con los toros donceles. (Ella nombra así a los toretes que aún no han cubierto vacas).

Muy de tarde en tarde, la niña Pancha trasega aguardiente. Gusta de hacer esto alguna noche de sábado, cuando el peonaje, después de la paga, se mete a beber en la tienda que las mismas Miranda sostienen en la planta baja de la casa-de-tejas.

En tales ocasiones, la niña Pancha se convierte propiamente en una fiera; y a los peones, por muy ebrios que estén, en viéndola así se les despeja la cabeza.

—¡La Tigra está ajumándose!

—¿De veras? Yo me voy.

—Es pior. Hay que estarse quedito hasta ver a quién agarra.

—Ahá. Si advierte que te vas, te seguirá a bala limpia.

Es así. Cuando la niña Pancha descubre que, mientras ella bebe, alguno deja furtivamente la cantina, lo caza a balazos en la oscuridad.

—¡Ah, hijo de perra! ¡Corre! ¡Corre! Esto te ayudará a correr.

Apoyada en el hombro la dos-cañones —«la gemela»—, dispara a las piernas del huidizo.

También le place «hacer bailar».

—¡Baila, Everaldo! ¡Baila, Everaldo!

Utiliza entonces el *Smith Wesson*. Apunta a los pies del indicado.

—¡Baila, Everaldo!

Y el hombre tiene que bailar hasta que a la «patronita linda» le viene en gana, para caer luego rendido, acezante, como un perro con aviva, a revolcarse en el suelo de la cantina.

—¡Flojo bía sido Everaldo! Veremos con vos, Cara'e caballo, ¡qué tal eres pa'l baile!

¡La Tigra! Cuando ya está completamente borracha, necesita un domador.

Vaga su mirada por el concurso de peones. Al fin, se fija en alguno.

—¡Ven, Tobías!

No cabe resistir a la voz imperiosa. Es la patrona y la hembra que llaman en la voz de la niña Pancha: la patrona implacable y la hembra implacable.

—Ven, Tobías...

Es una dulce orden; pero, es una orden.

Lo sube a la casa tras de ella, y lo hace entrar en su propia alcoba.

Con frecuencia, el escogido tiene que abandonar, horas después, antes del amanecer, por la ventana, la alcoba a que ingresara por la puerta.

¡La Tigra!

Cuando a la Tigra se le esfuman las nubes del alcohol, le fastidian los hombres.

—¡Largo, perro!

Casi siempre, al domador ocasional lo despiden, con todos los honores, un tiro de revólver que le cruza, juguetón, una cuarta arriba de la cabeza.

Momentos antes, esa misma cabeza ha sido devorada a besos profundos. Ahora, nada vale. Es como la almendra de una fruta exprimida. Fue gustada. Se la arroja.

—¡Largo, perro!

Le desagrada a la niña Pancha que el domador ocasional recuerde. Satisfácele el amante desmemoriado.

Un día, Venancio Prieto, que a su turno resultó favorecido, le dijo algo a la niña Pancha. Algo sobre aquello.

¡La Tigra!

La Tigra estaba frente a él, con el machete en la diestra. De un revés admirable, que no tocó la nariz, que ni siquiera golpeó los dientes, se le llevó los bellos gruesos, abultados, de negroide.

—Tenías mucha bamba, Venancio, y hablabas feo. Ahora te la he recortao pa que puedas hablar bonito.

Desde los dieciocho años, la niña Pancha fue el ama. El jefe inexpugnable de su casa y de sus gentes. El señor feudal de la peonada.

Amaneció señora.

Una noche...

Llovía a cántaros esa noche. Parecía que la selva se venía abajo, que no podría resistir el peso de las aguas volcadas desde el cielo. Afuera, todo estaba oscuro, densamente oscuro, entre relámpago y relámpago. La vacada mujía aterrorizada en el potrero punzado de rayos que quebrantaban los troncos añosos.

Desde su ventana, la niña Pancha adivinaba a las vacas apretujándose en redor del toro padre; creía verlo a éste, afirmándose con los cuartos traseros en el lodazal, recogiendo las manos como si se arrodillara a implorar clemencia del cielo tremendo.

—¡Mariquita er «Segundo», vea! ¡Mujerona! Tiene miedo.

Ella —la niña Pancha— no tenía miedo. ¿Y por qué habría de tenerlo? ¿Qué le iba a hacer el

agua? ¿Qué le iban a hacer los rayos? ¿Se la iban a comer, acaso? ¡Ja, ja, ja! ¿Se la iban a comer? No; a ella no le pasaba nada. Nunca le había pasado nada. Jamás le pasaría nada. Ella era la hija mayor de papá Baudilio, el más hombre entre los hombres, y de mama Jacinta, la mujer más mujer... Y ella misma era ¡la niña Pancha!

Todavía no la Tigra. Desde esa noche iba a empezar a serlo, precisamente.

Baudilio Miranda se mecía en su hamaca de la sala.

Cerca de la lámpara, junto a la mesa, mama Jacinta cosía. La niña Pancha estaba asomada en la galería, sobre el temporal. Sus hermanitas dormían ahí atrás, en la alcoba. Nadie más había en la casa-de-tejas esa noche.

De repente, ño Baudilio se levantó de la hamaca. Había percibido un ruido de pasos en la escalera, y se dirigió a la puerta. Pensó que sería gente conocida, pues los perros guardianes no ladraron. No alcanzó a pisar el umbral. Cayó de redondo, con el pecho atravesado de

un balazo. Sonó enseguida otro disparo, y ña Jacinta se abatió sobre sus trapos de costura. Todo fue cuestión de segundos.

En la sala penetraron cinco hombres armados.

Uno de ellos inquirió:

—¿Y las chicas?

—Han de estar acostadas —repuso otro.

—¿No se habrán recordao?

—No... ¡qué va! El sueño del muchacho es como el sueño del chancho.

—Ahá... Oye... ¿Y la Pancha? ¡Buen cuerazo!  
¡No hay que olvidarse!

—Eso pa dispué. Ahora vamo a ver qué hay de plata. Este desgraciao —y el que hablaba sacudió un puntapié al cadáver de Baudillo Miranda—, este lagarto preñaio era rico, dicen...

La niña Pancha estaba en la penumbra de la galería, encogida como un pequeño animalito asustado. Pero, no estaba asustada. No se había alterado lo más mínimo. Antes se le habían templado los nervios. Debía hacer algo... Algo... ¡Ya!...

Se resolvió. Amparada en las tinieblas, se deslizó por las piezas interiores –¡ella se sabía su casa de memoria!– hasta la alcoba de las hermanitas.

Las encontró dormidas y las alzó en vilo. Cargada con ellas se encaminó a la escalera del mirador, y trancó la puerta por dentro.

Respiró. ¡Ahora sí!

La niña Pancha subió muy despacio hasta el torreoncito que dominaba la casa. Por ventura, las chiquillas no despertaron, y las depositó en el suelo, una junto a otra.

Conocía la niña Pancha las costumbres de su padre, hombre precavido, habituado a la vida de la selva. Estaba segura, por eso, de que en el mirador guardaba un rifle de ejército, de cañón recortado, listo siempre, y una reserva de cartuchos.

Tanteó las paredes y dio con el arma.

–¡Por fin, Dios mío!

Estaba serena la niña Pancha. Sólo una idea la obsedía: vengar a los viejos. Pero, no se ato-

londraba. No; eso no. Había que aprovechar las ventajas de que en este momento gozaba. No la habían oído. ¡Ah, esta lluvia bendita! ¡Esta santa tempestad!

Se asomó al ventanal con el fusil amartillado. Desde ahí veía toda la casa. La arquitectura montuvia ha dispuesto los miradores en forma que sean como torres de homenaje para la defensa.

¿Dónde estaban los asaltantes? ¡Ahí! ¡Qué bien los distinguía! Se alumbraban con velas de sebo y rebuscaban en los dormitorios. Aún no se habían dado cuenta de nada.

La niña Pancha se acodó en el alféizar y enfiló la dirección. Primero, a ése. Ese había matado a sus padres.

Estuvo afianzando la puntería durante un largo minuto y disparó.

Tumbó al hombre de contado.

Los otros se alarmaron. ¿Qué ocurría? ¿De dónde aquel disparo? Sacaron a relucir sus armas contra el enemigo invisible.

La niña Pancha no les dio tiempo para más.

Un instante significaba la vida. Estaba decidida a exterminarlos. Disparó a los bultos, sin tregua ni descanso. Parecía haberse vuelto loca. Un balazo tras otro.

Los criminales se desconcertaron y sólo pensaron en huir; pero, en su terror ansioso, portaban en la mano las velas encendidas, ofreciendo blanco a maravilla.

Aun cuando la niña Pancha vio caer a los cinco hombres, no paró el fuego. La poseía una alta fiebre de muerte. Quería matar. ¡Matar! ¡Destruir! Golpeaba a las hermanas, que, despiertas ahora y temblorosas, se le abrazaban a las piernas.

—¡Quiten! ¡Dejen! ¡Vaina!

Disparaba. Disparaba. Disparaba al azar sobre las habitaciones. Oía los impactos en el piso de tablas gruesas. Oía el zumbido de los proyectiles que partían las cañas de las paredes. Oía el chililín de las losas quebradas. Oía el campaneó de las ollas de fierro de la cocina, tocadas por las balas. Y, en medio de esta algarabía que la excitaba más todavía, seguía disparando.

A la postre, se calmó.

Escuchó. ¿Qué habría abajo? ¿Estarían todos muertos? No; alguien se quejaba.

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón, por Dios!

¿Quién sería?

La voz herida suplicaba:

—¡Agua! Agua, niña Pancha...

La había visto. La había reconocido. A la luz de algún relámpago. De algún fogonazo. Pero, ¿quién sería? Y, sobre todo, ¿dónde estaría?

La niña Pancha se guió por la voz. Y comenzó una horrible cacería. Disparaba sobre el sonido. Una vez. Otra vez. Hasta que se extinguió la voz herida y el gran silencio reinó en la casa.

Entonces, la niña Pancha sonrió.

Sonrió... Pero, ¿qué era eso, ahora? Se estremeció la muchacha. Prestó atención. Semejaba un vagido de niño. ¡Ah! ¡Su perrito! ¡«Fiel amigo»! ¿Lo habría alcanzado alguna bala? ¿Estaría, no más, asustado?

La niña Pancha se dispuso a socorrer al bicho. ¡No! ¡No! ¿Y si alguno de los asaltantes estaba vivo aún, escondido, esperándola?

Se sintió, de pronto, una débil mujer, y soltó a llorar casi a gritos. Luego, sacudió la campana que convocaba a los peones. Desde ahí distinguía las masas negras de sus casas, destacándose más negras que la noche, en la sombra profunda. ¡Cobardes! ¡No venían! ¡No se atrevían a venir! ¡Supondrían a los patrones difuntos, incapacitados ya de hacerse obedecer, detenidos en su gesto de mando por la muerte intempestiva! ¡Cobardes!

El resto del tiempo, hasta el alba, la niña Pancha se lo pasó en el torreoncillo, abrazada de sus hermanas, temblando, sintiendo miedo de todo, deslumbrada por los relámpagos.

Cuando salió el sol, bajó a las habitaciones. Había siete cadáveres humanos y el de un perro.

La niña Pancha besó el rostro de ño Baudilio, besó el rostro de ña Jacinta, y mojó con lágrimas ardorosas, teniéndolo en los brazos, como

a su bebé muerto la madre desolada, el cuerpecito frío de «Fiel amigo».

Ese día niña Pancha asumió su jefatura omnipotente, cuyo más sólido apoyo lo constituía el temor que inspiraba.

—Es una tigra...

Cualquier comarcano antiguo diría esto de ella, al comentar, con el cigarro detrás la merienda en la boca desdentada, la hazaña irrepetible: cinco hombres muertos.

—Una tigra...

Desde entonces la niña Pancha dejó de ser, para el vecindario, la niña Pancha, y se convirtió en la Tigra.

—¡La Tigra!

Hacia media mañana los peones atendieron a la convocación de la campana angustiada de llamarlos. Uno tras otro, primero los más valientes y arrojados, después los más tímidos y medrosos, fueron aproximándose a la casa-de-tejas.

—¿Qué ha pasado anoche, patroncita? Me dijeron. Yo no estaba. Me fui temprano onde mi

comadre Petita, que tiene un hijo enfermo...  
Mi comadre Petita, ¿ricuerda?, la de Piedra  
Güeca...

—Ahá.

Otro más se sinceraba:

—Yo, como usted estará cierta, tengo un sueño  
que parezco un palo, mala la comparación...  
Ni oí, siquiera...

—Ahá.

La niña Pancha se había recobrado por completo. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos de llorar; pero, su voz era firme, y su ademán, seguro. Lo había previsto todo. A las hermanas las había puesto a la máquina, a coser la zaraza negra de los trajes de luto. En cuanto a sus dos muertos queridos, los había vestido ya con lo mejor que encontró, acomodándolos en el gran lecho conyugal, en la postura yacente definitiva, con las manos cruzadas en actitud suplicante sobre el pecho. De los demás cadáveres no se había preocupado. Permanecían donde fueron cayendo, en sus desesperados gestos de lucha contra la oscuridad y contra la muerte, revolcados en su sangre.

La niña Pancha se dirigió a los peones:

—A ver: cuatro de ustedes cavén una fosa pa los patrones. ¡Vayan!

—¿Y onde, niña Pancha?

—Allá, en el cerrito, en la mancha de guaránganos. Me avisan.

Un anciano se atrevió a preguntar, refiriéndose a los cuerpos muertos de los atacantes:

—¿Y a éstos? ¿Onde los enterramos?

La niña Pancha se lo quedó mirando fijamente. Bailaba en sus ojos la burla.

—¿Enterrarlos? ¿Es que eres mismo, o te haces, Grabiél? ¿O es que los años...? Conque, enterrarlos, ¿no? ¡A éstos! ¡Bah! Los haré tirar a medio potrero, pa que se los coman los gallinazos, de día, y los agoreros, de noche. Eso haré.

Rió a carcajadas.

—¡Enterrarlos! ¡Tas jumo, Grabiél! ¡Tas jumo!

Lo hizo como lo dijo. Al atardecer llevó a sepultar los cadáveres de ño Baudilio y ña Jacinta. Los metió en una misma fosa, bajo los nervudos guaránganos, y colocó una rústica cruz

para marcar el sitio. Antes, había mandado a arrojar a la sabana los cinco cadáveres restantes. No amanecieron. En la noche, los parientes se los robarían, sin duda.

La niña Pancha se puso pensativa.

—¿Se los habrán cargao ellos? —musitó.

Luego, la dominó una idea:

—No; se los ha llevao el diablo.

En breve, esta versión fabulosa, cara a la fantasía montuvia, se generalizó:

—El patica se los jaló al infierno, pues.

La niña Pancha había olvidado a su perro. Al otro día tropezó con el cadáver en la azotea. Lo miró un instante. Hedía horrorosamente. La niña Pancha lo empujó al vacío con un palo de escoba. Al caer, «Fiel amigo» reventó como una camareta.

Como al mes de aquellos sucesos se presentó en la hacienda el comisario de policía de Balzar. Lo acompañaban el secretario y dos números de la gendarmería rural.

—Venimos, pues, a levantar el sumario.

—Ahá.

—¿Qué le parece, guapa?

—Por mí, levante lo que le dé la gana, no más.

Era la niña Pancha quien respondía.

El comisario formuló una sarta de preguntas, que después repetía de otro modo.

—Así que usted mató a los cinco, ¿no?

—Claro, pues; ya le he dicho.

—¡Ah!...

—¿Y eran cinco, mismo?

—Sí, hombre; ya me'stá usted cansando.

La delegación merendó en la casa-de-tejas. La niña Pancha hizo los honores de la mesa.

El comisario era un tipo joven. Delatábase dado a las faldas. Galanteaba a la niña Pancha. La niña Pancha lo escuchaba, sonriente. El comisario hablaba acerca de su importante persona y de su ciudad natal.

—Yo soy de Guayaquil, ¿sabe?

—Ahá.

–Silvano Moreira, el capitán Silvano Moreira, de Guayaquil. Me llaman capitán, por el cargo; pero, soy, no más, teniente. Teniente de infantería de línea.

–Ahá.

–¿Usted ha estado en Guayaquil, señorita?

–No; en Balzar, no más.

–Guayaquil es muy lindo. Precioso. ¡Qué calles!

–En Balzar también hay calles.

–Pero, no como las de Guayaquil. Son enormes.

–Ahá.

La charla insulsa del comisario se desenvolvía de esa manera, pero sus ojos, más activos, devoraban a la muchacha. Notábase en ellos una exacerbada lujuria. El secretario y los gendarmes le llevaban la cuerda a su superior jerárquico.

Alzada la mesa, el comisario tomó del brazo a la niña Pancha y la condujo a la galería.

–Nosotros dormiremos aquí –dijo–. Nos acomodaremos en cualquier parte. Somos

soldados y estamos acostumbrados a todo. Como en campaña.

La niña Pancha guardó silencio. El capitán Moreira entendió el silencio por una tática aceptación.

—Y pasaremos los dos una noche jay... —murmuró a la oreja de la muchacha.

Intentó ahora acariciarle los senos.

—¡Dame un beso!... ¿Quieres?

La niña Pancha se volvió bruscamente y cruzó la cara del comisario con la mano abierta.

—¡Busque la manga, hombre! Usté y su gente dormirán en la casa del negro Victorino. Ya sabe.

Dio un salto atrás, en guardia.

El capitán Moreira pretendió imponerse:

—Es que yo soy la autoridad, y hago lo que me parece...

—Vea, señor... ¡Déjese de cosas! Aquí..., aquí mando yo...

La niña Pancha cobró un aspecto resuelto. Rebrillaron sus ojos de rabia. Y el bravo capi-

tán Moreira recordó con toda oportunidad a los cinco asaltantes muertos a bala, y optó por retirarse.

—Como sea su gusto. Yo soy muy galante con las damas.

—Bueno; lárguese...

A la madrugada, la delegación policial dejó la hacienda.

El comisario dijo al negro Victorino, al despedirse:

—¿Sabe? Para mí, este caso es legítima defensa.

Ño Victorino no comprendió nada; pero, creyó menester asentir:

—Así es, jefe.

El capitán agregó, mientras tomaba el camino de regreso:

—¿Y para qué instruir el sumario? Total, para nada. El muerto es muerto.

Añadió aún:

—¡Buen rancho la patrona, ¿no?, la niña Pancha!

Ahora sí comprendió ño Victorino; y, poniendo los ojos en blanco y relamiéndose los labios, dijo picarescamente:

—¡Y es coco, jefe! ¡Virgen doncella!

Más o menos al año apareció por la hacienda el tuerto Sotero Naranjo.

El tuerto era un hombrachón fornido, bajo de estatura, de regular edad y metido en sus grasas. Tenía un aire vacuno, pacífico, que justificaba su apodo de Ternerote.

Les explicó a las Miranda:

—Yo soy tío de ustedes, mismamente. La mama de ustedes, la finadita Jacinta Moreno, era sobrina del difunto mi padre.

—Ahá.

Las Miranda no discutieron el parentesco. Les convenía aceptarlo. Ellas necesitaban un hombre de confianza. Podía ser éste. Justamente ahora que habían abierto la tienda, les era indispensable.

—Ta bien, Ternerote. ¿Te querés hacer cargo de la tienda?

El tuerto Sotero Naranjo se encantó. ¡De perlas! Era para eso que él servía. En Colimes había tenido una tienda de su propiedad. Pero, lo arruinaron los chinos. Los chinos, claro; ¿quiénes otros? Como ellos no gastan en nada: no comen, no beben, no usan mujer... Así, venden más barato. ¡Vaya! los nacionales, en cambio, son otra cosa, de otra madera, pues comen, beben, y lo demás... ¡Muy justo! Él, Sotero Naranjo, era, antes que nada, un nacional. Bueno, pues; como iba diciendo, hubo de ceder el negocio. ¡Cuánto sufrió en esa ocasión! Fue, para él, tanta tristeza, mala la comparación, como si vendiera a su propia mujer. Y es que así quería a su negocio. Así quería a sus mostradores, a sus perchas, a sus anaqueles. Como a una mujer o como a un caballo. Así. Con decir que quería hasta los artículos de expendio. En fin... ¡Qué se le iba a hacer!... Pero, él era lo que se dice un entendido en materia de abarrotes.

—Es pa lo que me preciso.

Por descontado, él, además, valía para muchos otros menesteres. Tumbiar cacao, argüear, pisonar; todo eso sabía. Rajar leña, ¡ah!

Distinguía y separaba los palos como cualquier montañero el algarrobo del aromo; el ébano del compoño; el matasarna del porotillo. El algarrobo, lo mejor, por supuesto. ¿Y dónde dejar el guarángano? Arde solo, también. Él tenía visto, al venir, aquí en la hacienda, una mancha enorme de guaránganos que incitaba a meterle hacha. ¡Ah!, ¿y lo otro? Hacer quesos, batir mantequilla, ordeñar, chiquerear, herrar, señalar, castrar, los mil y un oficios menores de la ganadería: todos los dominaba. Pero, «más menos».

—Más menos, claro, que lo de enflautarle a uno, por verbigracia, ruán pasado en vez de olán pa calzonaria. Pa eso soy una águila.

—¡Ah!...

A poco de su llegada, Sotero Naranjo estaba colocado como dependiente en el despacho de abarrotos. Se alojaba en la trastienda, pero comía con las hermanas a la mesa común. Hacía con las Mirandas trato de familia.

El tuerto era de genio simpático y agradable. Gustaba de contar picantes chascarrillos

y aventuras obscenas, en las que se exorbitaba su fantasía, atribuyéndolas a su propia persona. Serían escasas dos vidas para que en ellas le hubiera sucedido cuanto narraba.

Los peones, a quienes permitía muchas confianzas y lo llamaban ya por su remoquete, solían decirle:

—¿Pero, por qué, ño Ternerote, no se aprovecha de las hembritas?

Sotero Naranjo se defendía, escandalizado:

—¡Cómo! ¡Si yo soy de la misma carne que ellas! ¡Hay cosas sagradas, amigo! Por mí, ni atocarlas...

—¡Bay, ño Ternerote! Lo que se ha de comer er moro, que se lo coma er crestiano, como dice er dicho.

El tuerto meditaba profundamente.

—¿O es que le tiene miedo a la Tigra?

—Yo no me abajo ante naide.

—¿Entonce?... Vea, don Naranjo; cierto que la niña Pancha es brava y macha pa todo; pero, en eso... ¡quién sabe!... La mujer es frágil.

Concluía Sotero por franquearse:

—Mire, amigo, ¡pa qué vo a engañarlo!, yo le dentro a la entremedia, a Juliana; pero, ¿sabe?, hay que cuidarse de Pancha. Pancha es, pues, fregada.

Decía verdad Sotero Naranjo. Mantenía estrechas relaciones amorosas con Juliana Miranda; y si no habían pasado a mayores, según confesaba, no era por falta de ganas. Entre el afán de poseer a la muchacha y la realización del deseo, se interponía con su sangriento prestigio la figura temerosa de la Tigra.

—¡Capaz me mata!

—¿Y por qué no se acomoda con ella, pues?

—¿Con quién?

—Con la niña Pancha, pues.

—¡Bay, usted está mamao, amigo!

—Puede que se sea así, don Naranjo —concluía, transigiendo, el interlocutor—; pero, siga mi consejo, no más. ¡Déntrele a la Tigra! Esa fruta está madura; pudriéndose, mismo.

De frecuentes diálogos de la laya, Sotero Naranjo salía envalentonado. Paulatinamente iba cobrando ánimos. Hasta que se decidió a echarlo todo por la borda.

Cierta tarde de domingo cerró temprano la tienda, y se encaminó al picado donde estaba la cancha de gallos, en un redondo placer detrás de la casa. Apos-  
tó sin entusiasmo, al principio; mas, luego fue exci-  
tándose con las incidencias de la lidia y los tragos de  
chicha fuerte con punta de mallorca. Hasta que se  
resolvió. Iría a buscar a Juliana. Le propondría. Des-  
contaba de antemano la aquiescencia de la chica.

—Si sale mal la cosa, me largo, pues, ¡qué vai-  
na! Pa eso es grande el monte.

Encontró a Juliana, en la orilla del río, sola,  
buscando pedruscos. Acababa de bañarse y lle-  
vaba el pelo suelto a la espalda. La ropa se le  
pegaba al cuerpo limpio, mal enjugado, dela-  
tando las formas oscuras.

—Vamos a andar, ¿quieres?

Juliana aceptó. Se metieron por los brusque-  
ros apretados, entre el abrazo de los hierbajos  
rastreros y de las lianas colgantes.

—¡Cuidao las culebras, Sotero!

—No; a mí me juyen. Tengo colgao de una piola en el pescuezo, el cormillo de una equis rabo'e hueso. Es la contra negra.

—¡Ah!...

Dieron con un pequeño despampado y se sentaron en unos troncos caídos.

Se habían alejado bastante. El tuerto Naranjo calculó que ni aún gritando los oírían de la casa-de-tejas. Esto lo acabó de envalentonar.

—¿Quieres ser mi mujer, Juliana? Los catorce años bobalicones de Juliana estaban estremecidos de amor por Ternerote.

—Ya te hey dicho de que sí... —balbuceó.

La niña Pancha los había seguido. A la distancia. Sin que se dieran cuenta. Guiándose sobre la huella de las hierbas pisoteadas.

Nada pudo impedir. Cuando ya llegaba al despampado, oyó el agudo grito con que su hermana se despedía de su virginidad florecida.

La niña Pancha se sacudió como en un escalofrío. El grito ése, punzante, la agitó toda. Sen-

tía que le hincaba las entrañas. Que le arañaba los nervios. Que le hacía hervir la sangre en las arterias intensas.

¡Qué grito! Era un alarido más que un grito. Estaba cargado de dolor, grávido de lujuria. Y, al propio tiempo, parecía una carcajada a la que un golpe de hipo intenso sofocara en suspiro.

La niña Pancha pretendió ponerse en su sitio. ¡La Tigra! Pero, no lo consiguió. Se le nublaron los ojos y sintió que la cabeza le daba vueltas, como si fuera a desmayarse... Y nunca supo luego cómo hizo entonces lo que hizo.

Irrumpió en la escena terrible. Vio a su hermana tumbada sobre el suelo, como dormida, con la respiración disneica. Y, frenética, se lanzó sobre Naranjo. Lo agarró fuertemente de los hombros, y le dijo, con vehemencia entrecortada:

—Ahora..., ¡fórzame a mí, Ternero!... ¡Fórzame o te mato!...

Desde aquella tarde, al tuerto Sotero Naranjo se le hizo insoportable la existencia, hasta el extremo de que pensó seriamente en acabar con ella.

En cambio, los hombres de la hacienda, viejos y mozos, sin excepción, lo envidiaban.

—¡Hay gente suertuda! ¡Véanlo al tuerto, que parecía pasao por agua tibia, como los güevos!... ¡Bía sido macho juerte!... Vive con las dos hermanas; y, de seguro, cuando madure la otra fruta..., se la come, también...

Algún anciano buscaba oportunidad de interpolar su historia:

—Todo tuerto es así, bragao de las entrepieras. Mi recuerdo que pa'l año de los Chapulos, vide aun mentao Segundino que era falto de un ojo...

Otro anciano lo interrumpía:

—¿Y mi general Buen? ¿Onde me lo deja? El catiro tenía los dos ojos, y vía usted como era pa'l montamiento... Es que mismo habimos hombres así, ajustadores...

—¿Usted, ño Serapio?

—Juí; juí, en un tiempo antiguo, como dicen los samborondeños, hace-olla-e-barro...

Las risotadas se sucedían; pero, volvían en seguida a los comentarios:

—¿Y cómo se alcanzará Ternerote pa las dos?

—¿De veras, no?

—¡Y qué ranchazos, baray! ¡Pa quedarse templaio como lagarto en playón!

—Ahá.

Lo envidiaban al infeliz; deseaban sustituirlo; y él, precisamente, habría dado algo porque lo reemplazaran.

—Una mano, pongo por caso.

—Pero, ¿es que está tan hostigao, don Sote? Cualquiera de los ancianos metería basa:

—El mucho dulce empalaga, pues...

Ternerote sonreía tristemente:

—¡Hostigao! ¿Usté ha visto un zorro apaleao cómo queda? Pues, igual...

—¡Baray, don Sote; qué esageración!

—Así es.

El transcurrir del día era una gloria para el tuerto Naranjo. Desde la tarde aquella, las dos hermanas se desvivían por agasajarlo. Le separaban los platos más delicados, los bocados más suculentos.

—Tienes que alimentarte, Sotero. Estás amarillo como plátano pintón.

No consentían que trabajara. Alternaban ellas en el despacho de la tienda.

—Descansa, Sotero.

Se pasaba el tuerto acostado en la hamaca de la galería, comiendo y durmiendo. Fumaba sendos cigarros dauleños. Punteaba la guitarra.

Sí; el día era una gloria.

¡Pero, la noche!

Las dos hermanas se disputaban la preferencia de sus favores.

—Yo soy la mayor —alegaba la niña Pancha.

—Pero, jue mío más primero —redargüía la niña Juliana.

Sin embargo, no reñían, y terminaban por entenderse. El pobre tuerto pasaba de una alcoba a otra, como un mueble.

Tanto amor lo iba matando. A pesar de los alimentos, a pesar del régimen de ocio, enflaquecía cada día más. Los ojos se le hundían en las órbitas excavadas. Se le brotaban los pómulos.

Cobraba una facies comatosa. Al andar, vacilaba como un muñeco descuajeringado.

Concluyó por rebelarse. No fue la suya una rebelión violenta. Carecía de fuerzas para eso. Fue una rebelión sórdida y oscura que apenas llegó a cuajarse en la fuga silenciosa.

Aprovechando el sueño de hartura que dormía niña Pancha y niña Juliana, Sotero Naranjo, en la sombra de la alta noche, emprendió la huida.

Todo lo dejó. Apenas si portó consigo el hato de sus mudas.

Tomó la ruta de los Andes lejanos y fue a caer, tras mil peripecias, en la aldea leonesa de Angamarca.

Lo último se supo meses después, cuando ya se lo creía muerto en la selva, víctima de las fieras, comido de las aves...

Pero, todo esto es historia antigua, marea pasada...

Los policías rurales han sentido siempre especial predilección por hospedarse en la casa-de-tejas del fundo «Tres Hermanas». Probablemente, ahora no les ocurra lo mismo.

En sus cruceros sobre Manabí, cuando montaban la raya de Santa Ana y se introducían por las tierras ásperas y sedientas de los piñales, persiguiendo a los ladrones de ganado en sus ocultaderos del río Tigre; los jefes de piquete procuraban dejarse coger por las sombras en la hacienda de las Miranda.

—¿Nos darían, niñas, un güequito pa pasar la noche? Jugaban con las palabras en un primitivo doble sentido.

—Un güequito, no más. Vamos lo que se dice atrasaos...

Las Miranda no entendían, o fingían no entender.

Por lo común, la niña Pancha respondía en nombre de todas:

—Como sea su volunta. Aquí no se niega posada al andante.

—Gracias, pues.

Recibían con placer a los hombres armados. Gustaban de ellos más que de los civiles. Les brindaban la merienda sabrosa y el café bienoliente.

—¿Prefieren con puntita?

Era el comienzo. Les servían las grandes tazas, mediadas de negra esencia y de puro de contrabando.

Después, menudeaban las copitas.

—¡Hay que alegrarse, pues! —decía la niña Pancha—. La noche está joven.

—Así es, niñas.

—Vamos, pues, a dar una vueltita.

—Vamos.

Ponían en marcha el caduco fonógrafo de corneta, marca *Edison*, cuyos rayados cilindros emitían sonidos destemplados, roncacos, cascados, que imitaban perdidas armonías: valeses somnolientos, habaneras lánguidas o desafortunadas machichas brasileiras.

Por rústico que fuera el oído de los gendarmes, aquellos sonos les molestaban, antes que agradarlos. No se atrevían, empero, a manifestarlo así, claramente.

Alguno insinuaba:

—Son un poco pasaos de moda, mismo, estos toques.

—Ahá.

—Mi mama no era mi mama, y ya se rascaban estas músicas —osaba decir el más atrevido.

La niña Pancha miraba con rabia no disimulada a los soldados. ¡Imbéciles! Ella adoraba su máquina *Edison*. Pensaba que no había nada mejor que eso. ¡A qué, pues! Pero, intuía que era un deber suyo complacer a los visitantes. «Er güespe ej er güespe», le oyó repetir a su padre, el finado ño Baudilio; y había hecho de eso artículo de fe.

—Bueno, pues. Paren el fonógrafo.

De un rincón de la sala sacaba entonces una guitarra española, de honda y sonora barriga, adornada con un lazo de cinta ecuatoriana en el astil, cerca del clavijero.

—Ya que no les place el *Edison*, aquí viene la vigüela. Si arguien sabe...

De principio, no confesaba que ella misma glosaba para acompañamiento, y que la niña Juliana, sobre pulsar la guitarra, cantaba con la gracia de una colemba dorada.

—También hay bandolina... Y un clarinete... Suspiraba al pronunciar la última palabra. Casi nunca faltaba entre los huéspedes algún gritador experto que se apoderaba enseguida del instrumento.

La niña Pancha se apresuraba a expresar sus aficiones:

—Valses, ¿quiere? O amorfinos. O pasillos. Pero, pasillos de acá; no de la sierra.

—Ahá.

La niña Pancha detestaba a la sierra y a sus cosas. Jamás había tenido un amante que fuera de esa región.

Afirmaba que todos los serranos son piojosos y que, además, les apestan los pies. De la música se conformaba con decir que era triste.

—Pa llorar no más sirve...

Rompían el silencio de la selva anochecida, las notas simples de los pasillos:

«Cuando tú te haigas ido...».

O, si no:

«Yo te quise, Isabel, con toda mi pasión...».

Lo corriente era que la guitarra tomara su propio camino, y que la voz del cantador se trepara a donde podía, como mono en árbol. De cualquier manera, el baile se hacía, alentado por las repetidas libaciones de mallorca.

—Er trago, pues, anima.

—Ahá.

En breve, Juliana y la Tigra se dejaban convencer a tanto ruego, y tocaban y cantaban.

Pero, lo más que hacían era bailar.

Bailaban... zangoloteábase la casa enorme. Trinaban sus cuerdas y sus vigas. Quejábanse sus tablones de laurel. Sus calces profundos de palo incorruptible, esforzábanse por mantener la firmeza del conjunto.

—Este armazón se mueve, ¿no?

—De vera.

—Será que baila, también, como nosotros.

—Así ha de ser, pues.

Las tres hermanas hacían las atenciones en la sala. Las tres se entregaban al movimiento melodioso y pausado del valse, o al agitado sacudir del pasillo, o a las ráfagas lúbricas de la jota, en los brazos de los gendarmes. Las tres bebían el destilado quemante que cocinaba las gargantas. Pero, Juliana y la Tigra escamoteaban servidas a Sara, cuidando que no tomara demasiado. Vigilaban sus menores actos. Controlaban sus gestos más nimios.

—Vos eres medio enfermiza, Sara. ¡No vaya hacerte daño!

Cuando advertían que, a pesar de todo, Sara se había embriagado o estaba en trance de embriagarse, acudían a ella. A empellones la conducían a su cuarto, la desnudaban y la metían en la cama, echando luego candado a la puerta y escondiendo la llave. Lo propio hacían cuando notaban que en los huéspedes el alcohol comenzaba a causar sus efectos, por mucho que Sara estuviera aún en sus cabales.

Por supuesto, la muchacha no dejaba gustosa la diversión. Negábase a salir de la sala, y sólo a

viva fuerza conseguían sus hermanas sacarla de ahí. Ya en su alcoba, se la oía sollozar.

Los huéspedes la defendían según sus aficiones: con interés o por elemental cortesía.

—¿Y por qué, pues, se va la niña Sarita?

La Tigra hablaba, entonces:

—Es maliada, ¿sabe? No le conviene esto.

—¡Ah!...

Miraba a los soldados con ojos relampagueantes; se ponía en jarras, con lo que sus senos robustos emergían soberbiamente, esculpiéndose en la tela de la blusa, como un par de boyas en la pleamar; contoneaba las redondas caderas en una actitud promisor y lasciva; y decía, con voz sorda, baja, hueca, de hembra placentera:

—Aquí estamos nosotras: Juliana y yo... ¿Pa qué más? ¿No es cierto?

Los hombres subrayaban la afirmación con los ojos desenfrenados.

—Ahá.

Era cuando la orgía llegaba a su máximum.

Juliana y la Tigra escogían sus compañeros.

—Bailamos, ¿ah?

Y en mitad de la danza apretaban a la pareja contra los pechos enhiestos:

—¿Vamos, negro?

Desaparecían las dos a un tiempo, o una después de otra, seguidas del elegido; y volvían luego con los rostros empalidecidos, castigados de fatiga amorosa, a continuar la fiesta.

Solía ocurrir que no volvieran en toda la noche; y, entonces, los desdeñados se consolaban bebiendo hasta dormirse.

Alguna vez, cuando los gendarmes eran novatos —«altas», les decían—, y no conocían las costumbres de la casa, ni la fama de la niña Pancha, provocaban riñas y alborotos por la preferencia.

Si el jefe del piquete no metía orden, la Tigra se encargaba de ello. Contábase que más de una ocasión la sangre policía, que ella hizo verter, mojó las tablas de la sala. Pero, la verdad es que se referían tantas cosas...

Mas, quien realmente daba la nota trágica en estas escenas, era la menor de las Miranda.

Cuando desde su encierro Sara comprendía que sus hermanas conducían a sus alcobas al amante transitorio, lloraba a gritos.

—¿Y yo? ¿Y yo?

Era terrible.

Se revolcaba en su lecho de obligada virgen, como una envenenada; se tiraba sobre el piso; golpeaba las paredes y pretendía traer abajo la puerta.

—¡Yo, también! ¿Por qué no me dejan a mí también?

Luego, insultaba a sus hermanas, endilgándoles los más asquerosos y repugnantes adjetivos, hasta que, extenuada, agotada, vacía, caía como una muerta, rendida de sueño profundo.

A la niña Juliana la conmovía un tanto la angustia de la ñañita. A la Tigra, no.

Decíale aquélla:

—Acuérdate de vos, Pancha, con Ternerote...

—Me acuerdo, ¿qué crees? ¡Pero, esa no! Tú

ya sabes por qué; tú ya sabes...

Y si alguno de los visitantes inquiría sobre lo que le acontecía a Sara, la Tigra respondía serenamente:

–Mi ñaña es medio loca, ¿ve? Loca de la cabeza...

Asentiría el preguntón:

–Ahá... Histérica...

La Tigra ignoraba la palabreja. Se le alcanzaba un poco que era algo así como romántica.

Mascullaba el vocablo:

–Romántica...

Y por asociación de ideas se le venía a la mente el recuerdo del hombre del clarinete...

–Del clarinete que está en la sala, –murmuraba para sí, como si ella misma se diera una explicación.

## Un Telegrama

«De Balzar, 26 de enero de 1935. –Intendente– Guayaquil. –Este momento, siete noche,

José de la Cuadra

salgo dirección hacienda «Tres Hermanas», con piquete diez gendarmes montados, cumplir orden Ud. –Ref. suyo ayer. –(Fdo.) Comisario Nacional».

### **Intermezzo musicale: solo de clarinete**

El hombre repentino. El hombre inesperado.

Era una historia fresca. Fresca como la carne de la badea matrona. Así de fresca. Y sabrosa. Sabrosa como la carne del mameye Cartagena. Así de sabrosa.

Al evocarla, la Tigra sonreía para sí, –¡ah, sólo para sí!–, con una dulzura escondida, como una madre que le sonriera al hijo de que está preñada, al hijo nonato.

–¡Y era tan breve esa historia!

Cierta tarde llegó a la hacienda un mocetón serrano. Era rubio y hermoso.

–Era como un gringo, no más; ¿verdad, ñaña Juliana?

El mozo no llevaba otra impedimenta que

un clarinete roñoso, ese que ahora guardaba la Tigra. Iba para las tierras cordilleranas.

Se alojó en la casa. Comió con las hermanas. Después, acompañado de la Tigra, bajó a la orilla del río.

—¿Quiere oír tocar este instrumento, señorita? Mostraba su clarinete imprescindible.

—Ahá.

A la mujer le pareció una música de hechicería la que brotaba del clarinete.

Palmoteaba como una chicuela:

—¡Qué lindo! ¡Qué lindo!

Después se puso melancólica, como no lo había estado nunca.

El odio a los serranos se fue del corazón de la Tigra. ¡Ah, este mozo adorable! ¡Cómo lo amaría ella! Hubiera querido besarlo, morderlo; ser suya en ese instante y para siempre, ahí, ahí mismo, sobre las piedras humedecidas; entre-gársele toda... Pero, él nada decía. Estaba remoto. Estaba en su música.

Cesó de tocar.

–Estoy cansado. Mañana me iré, de mañanita. Desearía dormir...

–¿Por qué no se queda? –alcanzó a balbucir la niña Pancha.

–¡Ah, no; no! Tengo que irme. Tengo que irme... La Tigra no se atrevió a insistir.

–Reposaré unas horas, hasta la madrugada.

Esa noche no cerró los ojos la niña Pancha. La proximidad de aquel hombre la inquietaba. Sabía que estaba tendido en la hamaca de la sala, tan cerca, tan cerca que lo oía respirar; ¡y ella, ahí, propicia!

A la luz del brisero de velones que no apagó, la niña Pancha contemplaba su cuerpo desnudo.

–Si me viera así...

¿Osaría llamarlo? No. A otro se le habría brindado; a él, no. ¡Jamás!... Pero, si él la deseara... ¡Cómo sería suya! ¡De qué suerte única, como no había sido de nadie!

Cuando el alba inundó de luz amarillenta su alcoba, la niña Pancha abandonó el lecho insomne.

Fue al hombre dormido.

—¡Señor! ¡Señor!

Despierto ya, le preparó ella el desayuno. La criada, no. Ella misma. Ella quería servirlo.

—¿Se va, siempre?

—Sí. ¡Y tan agradecido! ¡No me merezco tantas molestias!

Estaban junto a la escalera. El sostenía en sus manos el clarinete. Miraba a la mujer con una vaga tristeza en los ojos celestes.

—Yo le dejaré un encargo, señorita. Un encargo, no más. Guárdeme este instrumento. Me descubrirían por él, ¿sabe? Pero, no quiero perderlo. Volveré por él.

—¿Volverá?

—Sí; cuando se acabe este invierno, vendré; y si no vengo en esa época, será que no vendré ya nunca. Entonces, este clarinete será suyo.

Le oprimió la mano, y se fue.

Y pasó el invierno. Y llegó el verano, dorado a fuego de sol. Y otra vez empezaron a caer las

lluvias sobre los campos resecos.

Pero, el hombre no regresó.

En el corazón de la Tigra, el odio a los serranos fue de nuevo instalándose.

El clarinete se inmovilizó en una mesa de la sala. Estaba más roñoso. Más feo. Cualquiera figuraríase que había envejecido de abandono, muchos años en cada uno.

La Tigra lo contemplaba con un sentimiento extraño: como con una burla triste.

Cada mañana, al hacer la limpieza de los muebles, el pobre instrumento proporcionaba a su guardadora un momento de emoción antigua, como un pedazo de pan romántico.

Y ésta es la historia del clarinete.

La marea ha de estar subiendo en el río, en este instante, porque –como cuando refluyen las basuras– vienen a la memoria cosas pasadas.

«Tú ya sabes por qué, Juliana; tú ya lo sabes».

En verdad, Juliana conocía la causa tremenda en fuerza de la cual Sara tenía que conser-

varse virgen por siempre: fuente sellada; capullo apretado; fruto caído del árbol antes de la madurez, que habría de podrirse encerrando sin futuro la semilla malhecha.

El negro Masa Blanca había andado por la hacienda años atrás.

—¿No hay argún enjuermo que melecinar? Aquí está en mi modesta persona un médico vegetal.

El negro Masa Blanca era un curandero afamado. Lo rodeaba cierto ambiente misterioso. Se ignoraba dónde vivía. Según unos habitaba en los terrenos de «Pampaló», el latifundio de los Hernández da Fonseca. Según otros carecía de residencia fija. Lo cierto es que se topaba con él en los sitios más distantes e inesperados.

—Ha de volar de noche en argún palo encantao...

—Es brujo malo. Tiene trato con er Colorao...

El Colorao era el diablo.

—Camina en l'agua sin mojarse los pieses...

—Y cambia de cuero como er camalión...

Masa Blanca, sabedor de estos rumores de

las gentes montuvias, colocaba su frase indispensable:

–Yo soy médico de curar. Puedo dañar, claro; pero, no daño. Así es.

Masa Blanca se calificaba también de adivino:

–Con mis cábulas, veo lo que va pasar, como si ya haiga pasao mesmo.

Las Miranda consultaron con Masa Blanca sus dolencias.

–Yo, pues; tengo un lobanillo adebajo der pesuezo, –dijo Juliana–. ¿Qué hago pa quitármelo?

Masa Blaca le aconsejó:

–Frótese er chibolo, o lo que sea, con saliva en ayuna; y, al acostarse, con unto sin sar, serena. ¡La mano'e Dió!...

–Ahá.

Sara era por entonces una muchachita traviesa, y nada tenía que consultar. Pero, la Tigra, sí. La Tigra le confió sus ardores. Y Masa Blanca se hizo relatar el rojo cronicón de las hermanas Miranda.

Cuando su curiosidad de vejete estuvo satis-

fecha, pensó en el negocio.

–D'esta casa está apoderao er Compadre.

El Compadre era, también, el demonio.

–Y hay que sacarlo, pué.

–¿Como, ño Masa?

–Verán... Pero, mi precio es una vaca rejera... con er chimbote, claro...

Las Miranda convinieron en el honorario.

Masa Blanca celebró entonces lo que él llamaba «la misa mala»... En un cuarto vacío de la casa, acomodó un altarzuelo con cajas de Kerosene que aforró de zaraza negra; puso sobre el ara una calavera, posiblemente distribuyó sin orden trece velas en la estancia; y a media noche, inició la ceremonia. Actuaba ridículos exorcismos. Gesticulaba. Daba manotones en el aire. Barría con los pies descalzos las esquinas de la pieza; abría y cerraba la puerta, como si hiciera salir y entrar a alguien; en fin, se movía como un verdadero poseído.

A la postre, hizo como si apresara un cuerpo.

–¡Ya lo tengo garrao! –vociferaba.

Accionó lo mismo que si arrojara por la ventana ese cuerpo imaginario al espacio.

—Ya se jué —musitó, cansado.

La Tigra y Juliana habían presenciado la escena ridícula y macabra, que a ellas les pareció terriblemente hermosa. Preguntó la Tigra:

—¿No s'apoderará otra vez de la casa el Compadre?

Masa Blanca vaciló al responder:

—Puede de que no, si hacen lo que yo digo...

Otro negocio. Cerrado el asunto, el hechicero habló pausadamente. Era visible que le costaba dificultad inventar «la contra»; pero, las Miranda no se percataron de ello.

—¿Cómo?

—¿Cómo?

Estaban ansiosas.

—Ustede, pué, perdonando la espresión, han pecado mucho po'abajo, y er Compadre la'sigue como la hormiga a la cañafístola... Si se les priende, no las aflojará...

Vaciló:

—¿Ustede tienen una hermana doncella, no?

—Sí.

—Sí.

—Ahá... Bueno; mientras naidien la atoque y ella viva en junta de ustede, se sarvarán... De no, s'irán a los profundo...

—¡Ah!...

Fue esa la condenación a perpetua virginidad para Sara Miranda. La falta de imaginación de Masa Blanca, a quien no se le pudo ocurrir otra cosa, cayó sobre el destino de la muchacha. Era una sentencia definitiva a doncellez.

Por supuesto, las dos Miranda mayores se guardaron el secreto.

—Ta enferma la ñaña.

—Es locona bastante.

—Si conociera marido se fregaría pa nunca más.

—Un dotor lo dijo.

—Ahá.

Por eso cuando Clemente Suárez Caseros, que pasó en tránsito a Manabí y hubo de hospedarse por ocho días en la casa-de-tejas, esperando cabalgaduras, se enamoró de Sara y la pidió en matrimonio, la Tigra se opuso:

—No puede ser, don Caseros; vea. Mi ñaña está tocadita. No puede ser.

Y lo invitó a marcharse.

—Pa cualquier lao y en lo que sea, don Caseros... Pero, usted se va... No me venga a atolondrar a la loquita...

Después, como Sara se dejó sorprender en preparativos de fuga, sus hermanas la encerraron bajo llave.

La cuestión era esa.

A vida o muerte.

## Y otro telegrama

«De Balzar, enero 28 de 1935. —Intendente. —Guayaquil. —Regresamos este momento comisión ordenada su autoridad. Peonada ar-

mada hacienda «Tres Hermanas» ataconos balazos desde casa fundo. Señor comisario, herido pulmón izquierdo, sigue viaje por lancha «Bienvenida». Un gendarme y tres caballos resultaron muertos. Ruégole gestionar baja dichas acémilas en libro estado respectivo. Espero instrucciones. Atento subalterno. —(Fdo.) Jefe Piquete Rural».

Del gendarme no se solicitaba baja alguna en ningún libro. ¿Para qué? Antes bien, se le había dado de alta en el registro cantonal de defunciones.

La marea estará, ahora, repuntando en el río...



# LOS SANGURIMAS\*

## *Novela montuvia*

---

\* Tomado de *Los Sangurimas. Novela montuvia*. 2ª ed. Guayaquil, Editora Noticia S.A., 1939. pp.1-71. (Club del Libro Ecuatoriano).



## *Teoría del matapalo*

*El matapalo es árbol montuvio. Recio, formidable, se unde profundamente en el agro con sus raíces semejantes a garras. Sus troncos múltiples, gruesos y fornidos como torsos de toro padre, se curvan en fantásticas posturas, mientras sus ramas recortan dibujos absurdos contra el aire asoleado o bañado de luz de luna, y sus ramas tintinean al viento del sudeste...*

*En las noches cerradas, el matapalo vive con una vida extraña, espectral y misteriosa. Acaso dance alguna danza siniestra. Acaso dirija el baile brujo de los árboles desvelados.*

*De cualquier modo, el matapalo es el símbolo preciso del pueblo montuvio. Tal que él, el pueblo montuvio está sembrado en el agro, prendiéndose con raíces como garras.*

José de la Cuadra

*El pueblo montuvio es así como el matapalo, que es una reunión de árboles, un consorcio de árboles, tantos como troncos.*

*La gente Sangurima de esta historia es una familia montuvía en el pueblo montuvío: un árbol de tronco añoso, de fuertes ramas y hojas campeantes a las cuales, cierta vez, sacudió la tempestad.*

*Una unidad vegetal, en el gran matapalo montuvio.*

*Un asociado, en esa organización del campesinado litoral cuya mejor designación sería: MATAPALO, C.A.*

## Primera parte

### El tronco añoso

#### I

### El origen

Nicasio Sangurima, el abuelo, era de raza blanca, casi pura. Solía decir:

–Es que yo soy hijo de gringo.

Tenía el pelo azambado, revuelto en rizos prietos, como si por la cabeza le corriera siempre un travieso ciclón; pero era cabello de hebra fina, de un suave color flavo, como el de las mieles maduras.

–Pelo como el fideo «cabello de ángel», que venden en las pulperías, amigo. ¡Cosa linda!

Las canas estaban ausentes de esa mata de hilos ensortijados. Por ahí, en esa ausencia, denotaba su presencia remota la raza de África.

Pero don Nicasio lo entendía de otra manera:  
—¿Pa qué canas? Las tuve de chico. Ahora no. Yo soy de madera incorruptible. Guachapelí, a lo menos.

Tras los párpados abotagados, enrojecidos, los ojos rasgados de don Nicasio mostrábanse realmente hermosos. La pupila era verdosa, cristalina, poseía el tono tierno de los primeros brotes en la caña de azúcar. O como la hierba recién nacida en los mangales.

Esos ojos miraban con una lenta dulzura, plácidos y felices.

Cuando joven, cierta vez en Santo Domingo de los Colorados una india bruja le había dicho a don Nicasio:

—Tienes ojos pa un hechizo.

Don Nicasio repetía eso, verdadero o falso, que le dijera la india bruja, a quien fuera a buscar para que lo curara de un mal secreto.

Se envanecía:

—Aquí donde me ven, postrado, jodido, sin casi poder levantarme de la hamaca, cuando

mozo hacía daño... Le clavaba los ojos a una mujer, y ya estaba... No le quedaba más que templarse en el catre... ¡Hacía raya, amigo!... Me agarraron miedo... ¡Qué monilla del ca-cao...! Yo era pa peor...

Donde mejor se advertía la raza blanca de don Nicasio era en el tinte de la tez y en la línea regular del perfil.

A pesar del sol y de los vientos quemadores, su piel conservaba un fondo de albura, apreciable bajo las costras de manchosis, como es apreciable, en los turbios de las aguas lodosas, el fondo limpio de arena.

Y su perfil se volteaba, en un ángulo poco menos que recto, sobre la nariz vascónica a nivel de la frente elevada.

—Es que soy hijo de gringo, pues; ¿no creen?

—¿Y cómo se llama Sangurima, entonces, ño Nicasio?

Sangurima es nombre montuvio, no es nombre gringo. Los gringos se mientan Juay, se mientan Jones; pero Sangurima, no.

José de la Cuadra

—Es que ustedes no saben. Claro, claro. Pero es que yo llevo el apelativo de mi mamá. Mi mamá era Sangurima. De los Sangurimas de Balao.

—¡Ah!...

## Gente de bragueta

—Gente brava, amigo. Los tenían bien puestos donde deben de estar. Con los Sangurimas no se jugaba naidien.

Fijaba en el vacío la mirada de los ojos alargados, melancólicos, como trayendo un recuerdo perdido.

E insistía:

—Gente de bragueta, amigo. No aflojaban el machete ni pa dormir. Y por cualquier cosita, ¡vaina afuera!

Imitaba el gesto vagamente.

—Eran del partido de García Moreno. Siempre andaban de aquí pa allá con el doctor.

Cuando la guerra con los paisas de Colombia, ahí estuvieron.

## Los amores del gringo

Si ño Nicasio estaba de buen humor, se extendía en largas charlas acerca de los amores de su padre con su madre:

–Mi mama era, pues, doncella cuando vino el gringo de mi padre y le empezó a tender el ala. A mi mama dizque no le gustaba; pero el gringo era fregado y no soltaba el anzuelo...

–Su señora mamás querría no más, ño Nicasio. Así son las mujeres, que se hacen las remolonas pa interesar al hombre.

–Mi mamá no era así, don Cojudo. Mi mamá era de otro palo. De a de veras no quería. Pero usted sabe que la mujer es frágil.

–Así es, ño Nicasio. No monte a caballo.

De este jaez continuaba la narración, interrumpida por las observaciones del interlocutor, que colmaban de rabia al anciano.

A lo que éste contaba, el gringo aquel de su padre apretó tanto el nudo que al fin consiguió lo que pretendía.

—Y ahí fue que me hicieron a mí. Y bien hecho, como usted me verá.

—Así es, don Sangurima.

—Claro que así es.

—Claro.

## Cuna sangrienta

—Pero ahí no paró la vaina... Cuando mi papás aprovechó de mi mama, ninguno de mis tíos Sangurimas estaba en la finca. Andaban de montoneros con no sé qué general... Eran igualitos a mi hijo Ufrasio... Al primero que vino, le fueron con el cuento.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Mi tío Sangurima se calentó. Buscó al gringo y lo mató. Mi mama no dijo esta boca es mía. Nací yo. Cuando nací, mi mama me

atendió como pudo. Pero, en cuanto se alzó de la cama, fue a ver a mi tío. Lo topó solo. Se acomodó bien. Le tiró un machetazo por la espalda y le abrió la cabeza como coco. Nada más.

—¡Barajo, qué alma!

—Así es, amigo. Los Sangurimas somos así.

—¿Y no siguió más el asunto?

—Habría seguido; pero el papás de mi mama se metió de por medio, y ahí acabó el negocio... Porque lo que el papás de mi mama mandaba, era la ley de Dios...

## II

### Leyendas

De ño Nicasio se referían cosas extravagantes y truculentas.

En las cocinas de las casas montuvas, a la hora del café vespertino, tras la merienda, contábase acerca de él historias temerosas.

Los madereros de los desmontes aledaños

**José de la Cuadra**

encontraban en los presuntos hechos del viejo Sangurima tema harto para sus charlas, reunidos en torno a la fogata, entre el tiempo que va de la hora de la comida a la hora de acostarse, cara al cielo, sobre la tierra talada.

Los canoeros, bajadores de fruta desde las haciendas arribeñas, al acercarse a la zona habitada por los Sangurimas, comenzaban imprescindiblemente a relatar las leyendas del abuelo.

Pero donde más se trataba de él era en los velorios...

## **Amistad de ultratumba**

El cadáver estaba tendido sobre la estera desflecada, más corta que el cuerpo muerto cuyas extremidades alargadas sobresalían en las cañas desnudas del piso. Reposando en la estera que antes le sirviera de lecho, el difunto esperaba, con una apropiada tranquilidad de ultratumba, la canoa donde sería embarcado para el gran viaje.

El ataúd lo construían abajo, en el portal, unos cuantos amigos, dirigidos por el maestro carpintero del pueblo vecino.

Circulaban por la sala las botellas de mallorca, para sorber a pico.

Decía una vieja, comentando la broma de uno de los asistentes:

–¡Vea que don Sofronio es bien este pues!

Con eso significaba una multitud de adjetivos.

–¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Bien este pues...

Otra vieja, tras la profunda chupada del cigarro dauleño, sabroso como un pan, musitaba, aludiendo al muerto pacífico:

–Vea cómo se ha muerto, pues, ño Victorino...

Terciaba otra vieja:

–¡Lo que semos!...

Se generalizaba la conversación.

–¡Tan fregado que era ño Vitorino!

–Así es, pues.

–Y hora, con la cara josca...

–Es que la muerte enfunde respeto.

**José de la Cuadra**

–Así es, pues.

La viuda, llorosa, intervenía:

–¡Lo que le gustaba al difuntito el agua de coco!

–¿De veras?

–Sí. Antes de morir. Pocos días no más hizo que Juan le bajara una palma. El finadito mismo quería subir... Ahora, a la palma le ha caído gusano.

Giraba otra vez la charla hacia la seriedad de la muerte.

–¡Y vean ustedes! ¿Saben lo que hizo Sangu-rima, el viejo, una vez en Pechichal Chico?

–No.

–Cuenta.

–¿Qué hizo?

–Se le había muerto un compadre, Ceferino Pintado; ¿se acuerdan?

–¡Ah! ¿Ceferino? ¿Ése que decían que vivía con la misma mama?

–Ése... Era bien amigo con ño Sangurima... Juntos se emborrachaban.

—Claro; un día, en Chilintomo...

—No interrumpas. Deja que cuente ña Petita.

Ña Petita proseguía:

—La tarde que se murió Ceferino llegó al velorio ño Sangurima. Estábamos en el velorio bastantísima gente. Porque Pintado, a pesar de lo malo que era, era bien amiguero. Y llegó ño Sangurima: «Salgan pa ajuera, que quiero estar solo con mi compadre», dijo. Y agarramos y salimos. Se quedó adentro en la sala y cerró las puertas. Entonces oímos que se empezaba a reír y a hablar despacito. Pero eso es nada. De repente oímos que Ceferino también hablaba y se reía. No entendíamos nada. Bajamos todititos corriendo, asustados. De abajo preguntamos: «¿Qué pasa, ño Sangurima?». Él se asomó a la ventana. Tenía al lado al muerto, abrazado. El viejo nos decía:

«No sean flojos. Suban no más. Ya voy a ponerlo en la caja otra vez a mi compadre. Estábamos despidiéndonos. Pero ya se regresó a donde Dios lo ha colocado. Vengan pa explicarles cómo es eso. Hay pa reírse». Subimos. Ño

Sangurima abrió las puertas. Cuando entramos, Ceferino estaba en su canoa. En la cara tenía una mueca como si todavía se estuviera riendo... Ño Sangurima se despidió de él, apretándole la mano: «Hasta la vista, compadre. ¡Que te vaya bien!». Tiró por su caballo y se fue... Yo me creo que estaba jumo...

–Jumo estaría.

Alguno de los contertulios murmuraba:

–La que estaría juma sería ña Petita. Ahora mismo el mallorca lo ha mariado.

–Así es, pues.

## El capitán Jaén

No faltaba quien narrara de seguida otra historia del viejo:

–Pero la que dizque hizo en Quevedo, no la hizo jumo. Bueno y sano estaba.

–¿Cómo fue esa?

–Ño Sangurima era liga del capitán Jaén, ¿se acuerdan?; y la montonera de Venancio Ramos

tenía preso en un brusquero lejísimo a Jaén. Querían matarlo, porque Jaén era de la Rural y les metía a los montoneros la ley de fuga, como a los comevaca.

—¡Bien hombre, Jaén! ¿No?

—Ahá... El viejo Sangurima supo y rezó la oración del Justo Juez. «Ya verán cómo se les afloja Jaén», dijo. Después sacó el revólver y disparó al aire. Se rió. «Esta bala le ha llegado al corazón al pelado Ramos»... Al otro día llegó a Quevedo el capitán Jaén... «¿Cómo te zafaste, Jaén?». «Ahí verán, pues; ni yo mismo sé». «¿Y qué es del pelado Venancio?». «Gusanera. Una bala que salió del monte lo mató». Ño Sangurima preguntó: «¿Dónde le pegó la bala?». «En la noble; me creo que en el corazón habrá sido». Ño Sangurima se golpeó la barriga de gusto. «Todavía tengo buena puntería, carajo», dijo.

De esta laya eran las historias que se referían en torno de la persona de ño Sangurima.

### III

## Pacto satánico

Los montuvios juraban que ño Nicasio tenía firmado pacto con el diablo.

–¿De veras?

–Claro.

–Eso sucedía en un tiempo antiguo. Ahora ya no pasa.

–Pero es que ustedes no saben. Ño Nicasio es viejísimo.

–¿Más que la sarna?

–¡No arrempuje!... ¡Pero más que el matapalo grande de los Solises!

–¡Ah!...

Alguno aludía hasta al instrumento del pacto:

–Mi abuelo que fue sembrador de ño Sangurima, en la hacienda, lo vido. Estaba hecho en un cuero de ternero que no había nacido por donde es de nacer.

–¿Cómo?

—Sí, de un ternero sacado abriéndole la barriga a la vaca preñada... Ahí estaba... Escrito con sangre humana.

—¿De ño Nicasio?

—No, de una doncella menstruada.

—¡Ah!

—¿Y dónde lo tiene guardado el documento?

—En un ataúd. En el cementerio del Salitre, dicen. Enterrado.

—¿Y por qué, ah?

—El diablo no puede entrar al cementerio.

Es sagrado. Y no le puede cobrar a ño Sangurima. Ño Sangurima se ríe del diablo. Cuando va por su alma, le dice: «Trae el documento pa pagarte». Y el diablo se muerde el rabo de rabia, porque no puede entrar al camposanto a coger el documento. Pero se desquita haciendo vivir a ño Sangurima. Ño Sangurima quiere morirse, pa descansar. Ha vivido más que ningún hombre de estos lados. El diablo no lo deja morir. Así se desquita el diablo...

José de la Cuadra

–Pero ño Sangurima está muerto por dentro, dicen.

–Así ha de ser, seguro.

## El precio

Algún curioso interrogaría sobre el precio de la venta.

–¿Y cuánto le dio el Patuca a ño Sangurima por el alma?

–¡Uy! Tierra, plata, vacas, mujeres...

Cualquier montuvio viejo intervendría, entonces:

–¿Ustedes conocen cómo es ahora la hacienda de ño Sangurima: «La Hondura»? Vega en la orilla, no más. Pa dentro, barranco alto todito. Terreno pa invernar. Lomiales. Más antes no era así.

–¿Y cómo era?

–Mi padre contaba que, cuando él era mozo, eso no era más que un tembladeral grandísimo.

Por eso la mentaban «La Hondura», que le ha quedado de nombre.

—¡Ah!...

—Cuando ño Sangurima se aconchabó con el Malo, compró el tembladeral... ¿saben en cuánto?...: en veinte pesos... Pa disimular, él dice ahora que se lo dejó la mama... Pero no es así... Y enseguida empezó a secarse el pantalón y a brotar tierra solita... Mismamente como cuando cría carne en una herida. ¿Han visto?

—¡Barajo!

—Fue por arte del diablo.

—Así tiene, pues, que ser.

—Dizque cuando se muera ño Sangurima, se hundirá la tierra de nuevo, y saldrá el agua, que está debajo, no más, esperando.

—Así ha de ser, pues.

—Así ha de ser.

## El entierro

Había otra leyenda de riquezas llegadas por causas extraordinarias.

Aquí se trataba de un entierro que ño Nicasio habría descubierto.

–Claro que fue cosa del diablo también, como todo.

–¿Y cómo fue eso?

–Verán. De que ya firmó el pacto malo, ño Sangurima podía hablar con los muertos. Vido un día que en una mancha de guadúa ardía una llama. Entonces fue y le dijo a la candela: «¿Qué se te ofrece?». La llama se hizo un hombre y le dijo: «Yo soy el mentado Riguberto Zambrano, que viví por estos lados hace un mundo de años. Tengo una plata guardada, que es para vos. Sácala». Ño Sangurima dijo que bueno y le preguntó que qué había que hacer. El muerto le pidió que le mandara a decir las treinta misas de San Gregorio y las tres de la Santísima Trinidad. Ño Sangurima se conformó.

«¿Y qué más, señor difunto?», le averiguó. Y entonces fue lo gordo. El mala visión le dijo que para sacar el entierro había que regar la tierra encima con sangre de niño de tres meses que no hubieran bautizado.

—¿Y qué hizo ño Sangurima?

—Se puso a buscar un chico así. Dizque le decía a la gente: «Adiós, véndanmelo; yo les pago bien. Más que por un caballo de paso». Pero la gente no quiso.

—Claro.

—Entonces ño Sangurima dizque agarró y dijo: «Tengo que hacerlo yo mismo al chico». Él no tenía hijos ni mujer todavía. Estaba mo-cito, dicen.

—Ahá.

—Entonces fue y se sacó a la melada Jesús Torres, que era muchacha virgen, y la hizo parir. Parió un chico, mismamente. Y cuando el chico tuvo tres meses, ño Sangurima lo llevó donde estaba el entierro. Le clavó un cuchillo a la criatura, regó la tierra y sacó afuera el platal

José de la Cuadra

del difunto. Dizque era un platal grandísimo, en plata goda...

—¡Ah!...

—¿Y la melada Jesús Torres, qué hizo?

—Cuando supo, se volvió loca, pues. La llevaron a Guayaquil. En el manicomio murió, hace años.

—¿Cuántos?

—Según mis cálculos, a lo menos cien...

—Así ha de ser, pues.

## IV

### Rectificaciones

Cuando se le averiguaba a ño Nicasio Sanguirina por la melada Jesús Torres, advertíase en su rostro un gesto de contrariedad.

—A usted le han contado alguna pendejada, amigo. Yo no sé qué tienen los montuvios pa ser tan hablantines. De veras les taparía la boca, como a los esteros pa coger pescado. Igualito.

Todo andaría más mejor.

Sonreía limpiamente, con un mohín pueril.

—Y vea usted. Algo hay de cierto en eso. Pero no como dicen.

—¿Y qué hay de cierto, ño Nicasio?

—Yo me saqué a la melada Jesús, que era hija de un padrino mío de por aquí mismo no más, y le hice un hijo. El chico era enfermón bastante. Una noche le dio un aparato como que se iba a quedar muerto. Yo lo agarré y corrí pa llevarlo a la casa de mi compadre José Jurado, que era curandero. En el camino estiró la pata el angelito; y así fue que lo regresé donde la mama. La melada que vido al chico muerto, lo mancornó y no quiso soltarlo. Dos días lo tuvo apretado. No había cómo quitárselo. El muertecito ya apesta-ba y tuvimos que zafárselo a la fuerza. Entonces la melada se puso a gritar: «Dame a mi hijo», que no había quien la parara... Se estuvo gritando un tiempísimo... Y así fue que se volvió loca. Yo la mandé a Guayaquil, al manicomio «Lorenzo Ponce». Ahí rindió sus cuentas con Dios como a los tres años de eso.

José de la Cuadra

–Ah...

–Y vea, amigo, lo que cuenta la gente inventora...

–Así es, ño Sangurima.

## Mazorca de hijos

El viejo Sangurima se había casado tres veces. Sus dos primeras mujeres murieron mucho tiempo atrás. La última vivía aún, inválida, chochando, encerrada en un cuarto de la casa grande de «La Hondura».

Además, don Nicasio se había amancebado un sinnúmero de veces, y tenía hijos suyos por todas partes. En los alrededores y hasta muy lejos.

–Hasta en Guayaquil tengo hijos. Es pa que no se acaben los Sangurimas. ¡Buena sangre, amigo! ¡Gente de bragueta, con las cosas puestas en su sitio!

–¿Y cuántos hijos mismo tiene, don Nicasio?

Si estaba a mano una mazorca de maíz, la mostraba al preguntón.

—Cuenta los granos, amigo. ¿Ya los contó?  
Ese número.

—Barajo, don Nicasio.

## Hábitos fúnebres

Don Nicasio conservaba una respetuosa memoria de sus dos esposas fallecidas.

No había querido utilizar para sus cadáveres cementerio alguno.

—¿Por qué, ño Nicasio?

—¡Las pobrecitas! Ahí que hay tanta gente, a la hora del Juicio, ¿cómo iban a encontrar sus huesamentas? Ellas, que no servían pa nada, ¡cómo iban a poder valerse! Yo tendré que ayudarlas.

Probablemente por aquello del auxilio futuro, las tuvo un tiempo enterradas en una colina de «La Hondura», cerca de la casa grande.

Luego exhumó los cadáveres y metió los huesos en cajitas adecuadas.

Las dos cajitas que contenían los despojos de sus mujeres, las guardaba debajo de su cama, al lado del ataúd vacío que se había hecho fabricar expresamente para él.

Cada fecha aniversaria de la muerte de alguna de ellas, extraía los restos, y los limpiaba con alcohol. En esta labor lo ayudó mientras pudo su tercera mujer.

El ataúd que se reservaba para él, estaba labrado en madera de amarillo, y era muy elegante. Lo mantenía aforrado de periódicos.

—De que me muera, no voy a fregar a naidien con apuros. Debajo de la cama tengo la canoa. La sacan, me embarcan, y hasta la vuelta. Es lo mejor.

Cuando aseaba las cajas de restos, aseaba también el ataúd con un delicado esmero, y cambiaba el forro de periódicos.

## Apariciones

Aseguraba ño Sangurima que sus dos mujeres muertas se le aparecían de noche, saliendo de sus cajones, y que se acostaban en paz, la una de un lado, la otra del otro, en la cama, junto al hombre que fuera de ambas.

—Oigo chocar sus huesos, fríos, fríos. Y me hablan. Me hacen conversación.

—¿Y no le da miedo don Nicasio?

—Uno le tendrá miedo a lo que no conoce; pero a lo que se conoce, no. ¡Qué miedo les voy a tener a mis mujeres! No dirá usted que no las conozco hasta donde más adentro se puede... Me acuerdo de cómo eran en vida. Y las sobajeo... ¡Lo malo es que donde antes estaba lo gordo, ahora no tienen más que huesos, las pobres!...

## V

### El río

La hacienda de los Sangurimas era uno de los más grandes latifundios del agro montuvio.

Ni su propietario conocía su verdadera extensión.

—¿Por qué no lo ha hecho medir, ño Nicasio? —le preguntaba alguno de la ciudad, ignorante de ciertas supersticiones campesinas.

—¡Y pa qué! Yo en eso, amigo, soy como el samborondeño «come bollo—maduro»... Lo que se mide, se muere o se acaba. Es presagio pa terminarse.

—¡Ah!...

En una línea de leguas, «La Hondura» se alargaba sobre el río de los Mameyes. Esa ribera podía considerarse como el frente de la hacienda.

El río de los Mameyes es muy poco navegable por embarcaciones de algún calado. Se hace menester, para surcarlo, disponer de ca-

noas de fondo plano y ancho, fuertemente resistentes, de madera gruesa y dura, para que soporte los choques frecuentes con las piedras del lecho y con los barrancos macizos.

El río de los Mameyes viene de la altura, rompiendo cauce bravamente. La tierra se le opone; pero él sigue adelante, hacia abajo, en busca del mar. A través de una serie de confluencias, lanza al fin, sus aguas, por el Guayas al golfo de Guayaquil, en el océano Pacífico.

En la región de «La Hondura», ya en zona costeña, el río de los Mameyes no pierde todavía sus ímpetus de avenida serrana.

Se enreda en revasas y en correntadas. Va por rápidos peligrosísimos. Forma cataratas y saltos anchos. Se encañona. Curva, volviendo sobre su rumbo. Sus ondas cían, en cierto tramo.

No obstante, con alguna habilidad se logra recorrerlo, de la casa de la hacienda para abajo, hacia Guayaquil.

Los baqueanos dicen:

—Es que el que sabe, sabe. Lo mismo pasa con los potros. Si uno no sabe montar, lo tumba

el animal. Pero, si sabe montar, no lo tumba.

Así mismo es el río. Hay que saber cómo se lo monta.

El río de los Mameyes debe más vidas de hombres y animales que otro río cualquiera del litoral ecuatoriano.

Durante las altas crecientes, se ven pasar velozmente, aguas abajo, cadáveres humanos, inflados, moraduscos, y restos de perros, de terneros, de vacas y caballos ahogados. En cierta época del año, para los llenos del Carnaval y la Semana Santa, sobre todo, se ven también cadáveres de monos, de jaguares, de osos frenteblanca y más alimañas de la selva subtropical. Sin duda, para entonces, el río de los Mameyes hincha sus cabeceras y se desparrama sobre la selva lejana, haciendo destrozos.

El río de los Mameyes sabe una canción muy bonita, y la va cantando constantemente.

Al principio, encanta al escucharla. Luego, fastidia. A la larga termina uno por acostumbrarse a ella, hasta casi no darse cuenta de que se le está oyendo.

Esta canción la hacen sus aguas al rozar los pedruscos profundos.

Parece que esa canción tuviera dulces palabras, que el río fuera musitando.

## Viejos amores

Los montuvios relatan una leyenda muy pintoresca acerca de esa canción del agua.

En tal leyenda figura una princesa india, enamorada de un blanco, probablemente un conquistador español. A lo que se entiende, la princesa se entregó a su amante, el cual la abandonó. La pobre india llora todavía ausencias del dueño.

Por supuesto, esta leyenda no es peculiar del río de los Mameyes. En otros ríos de la costa, se cuentan leyendas parecidas.

Seguramente, todas estas narraciones no son sino variantes de una sola, con alguna base cierta, cuya exacta ubicación de origen no se encontrará ya más.

## Tierra pródiga

A «La Hondura» la cruzan varios riachuelos y pequeños esteros, que se alimentan uno de otro, concluyendo todos por afluir al río de los Mameyes.

Gracias a esta irrigación natural, los terrenos de la finca son de una fertilidad asombrosa. Creeríase que se tratara de tierra virgen, donde jamás se hubiera ensayado cultivo alguno y donde las vegetaciones espontáneas se vinieran sucediendo, desde los días remotos, la una encima de la otra.

Hay trozos de montaña cerrada, donde abunda la caza mayor.

Hay grandes cuarteles para ganado.

Huertas de cacao y de café. Sembríos de plátanos.

Frutaledas.

Y arrozales.

## El árbol del muerto

Don Nicasio Sangurima acostumbraba decir, con un íntimo orgullo:

–En «La Hondura» hay partes pa sembrarlo todo. Hace uno un hueco, mete una piedra, y sale un árbol de piedras.

Se reía.

–Una vez que enterraron en un bajial a un muerto, al día siguiente lo encontraron parado.

–¿Habría resucitado, talvez?

–¡No! Se había hecho árbol...

Tornaba a reír:

–El árbol del muerto... ¿No han oído decir? No es un árbol como los otros. Se hizo de un cuerpo difunto. Está ahí a la vuelta de los portillos de posa prieta. Aquí, a dos horas...

## VI

### Acuerdos familiares

El caserío de «La Hondura» era nutrido y apretado.

Más de una docena de casas tamañas de madera, techadas de zinc, rodeaban el caserón mayor de la hacienda, el cual estaba habitado por el viejo Sangurima.

En cada una de aquéllas vivía la familia de uno de los hijos legítimos de ño Nicasio, quienes habían sido dieciséis en total.

Los demás hijos, si residían también en «La Hondura», habían construido sus moradas por los sitios distantes.

Se entendía tácitamente que el habitar cerca del abuelo Sangurima era como un derecho reservado a sus parientes de sangre que legalmente lo fueran.

Empero, se sabía de antemano que todos los hijos, de cualquier calidad, tocarían a la herencia de la tierra.

Ño Sangurima había dividido por anticipado la finca en tantas parcelas cuantos hijos tenía. Nada de testamento. La orden, no más, transmitida de palabra al hijo mayor –Ventura Sangurima– que era un sesentón.

–Papeles, ¿pa qué? Si estuviera vivo mi hijo abogao, bueno. Pero, de no...

Este hijo doctor había muerto tiempo atrás en circunstancias horribles.

–Como el pobre Francisco ya no es de este mundo, ¿pa qué papeleo? Lo que yo mando se hace, no más... Ya sabes, Ventura... Cuando yo pele el ojo, agarras y le das a cada uno de tus hermanos, o a las familias de los difuntitos, su pedazo igualito de tierra y su poco de vacas... Yo te diré antes de irme, si queda plata, pa que la dividas lo mismo. Tú dejas que la viuda siga viviendo aquí en la casa grande hasta que Dios se sirva de ella... Entonces te vienes tú con tu manada... Más antes, no.

–Está bien, papá.

Esas eran las disposiciones testamentarias del viejo Sangurima.

Añadía en voz baja, casi al oído de Ventura:

—A los que viven amancebados entre hermanos, me les das una parte de todo no más, como si fueran una sola persona. ¿Me entiendes? Que se amuelen así, siquiera. Porque dicen que eso de aparejarse entre hermanos es cosa criminal... Dicen, a lo menos, los que saben de eso...

## La casa grande

La casa grande de la hacienda estaba magníficamente situada a la orilla del río.

Era de sólida construcción, con maderas finas escogidas en los bosques mismos de «La Hondura». La obra la hicieron alarifes montuvios, siguiendo las instrucciones del viejo Sangurima.

La casa era enorme, anchurosa, con cuartos inmensos, con galerías extensísimas.

Las fachadas estaban acribilladas de ventanas. Entraban al interior el aire y el sol con una

desmesurada abundancia. Se ocurría, al encontrarse dentro de la casa, como si se estuviera en campo abierto. Pero en las horas calurosas de los mediodías de invierno, el techo de tejas fomentaba un frescor delicioso en las estancias.

Sólo el piso superior estaba dedicado a habitaciones. En cuanto a la planta baja, eran bodegas para los granos o patios empedrados y cubiertos para las cabalgaduras.

Al edificio lo coronaba un elevado mirador, donde había también una campana.

La campana se llamaba «Perpetua» y tenía una historia tenebrosa, como sucedía con casi todo lo de «La Hondura»: gentes, animales y cosas.

## Contemplaciones

Habitualmente don Nicasio subía por las tardes, a la hora de la caída del sol, al mirador, cuando no prefería acodarse en la galería fronteriza que se abría sobre el río.

Desde el mirador se gozaba de una vista hermosísima.

Veíanse, como un rebaño, agrupadas las casas menores en torno de la casa mayor, y más allá, las covachas de la peonada, pegadas al suelo, disimulándose en los altibajos. Por entre las edificaciones, los árboles frutales ponían sus tonos verdes y sus luces doradas en tiempo de cosecha. Los caminos marcaban sus tintes parduzcos. Y monte adentro, los potreros, los potreros hasta perderse en el horizonte ensangrentado por el sol atardecido. Hacia un lado, siempre monte adentro, las manchas cerradas de las huertas...

## **El viento sobre el río**

De ahí venía constantemente un viento sobre el río cantarín. Soplaba, por lo común, en amplias ráfagas, trayendo consigo un caliente perfume de cacao, de café, de mangos maduros. Cuando el viento soplaba desde el río había que tomar cuidado, pues casi siempre

se desataba en tempestad y concluía en un maravilloso juego de rayos y centellas, acompañado por lluvias torrenciales.

Desde el mirador veíase el río como una lista movediza de plata, como un camino que corriera. No se distinguían bien los saltos, y el río parecía como si fuera por un plano horizontal. Se escuchaba, sí, su profundo rumor complicado y se advertía la inustitada ligereza de sus ondas brillantes como lomos de lizas.

## VII

### Memorias

El espectáculo de la Naturaleza, engreída, vanidosa, en esa zona rural, le producía a don Nicasio Sangurima un plácido efecto.

—Parece como si me hubiera tragado una infusión de valeriana, amigo. ¡Siento una tranquilidad!

Además, lo ganaba el recuerdo.

En vez del paisaje contemplaba transcurrir

José de la Cuadra

allá abajo, su vida atrafagada, agitada eternamente, móvil y sacudida como la arena de los cangrejales.

Su vida que era un novelón folletinesco, lamentablemente verdadero...

## La mama

Veíase chiquitín, prendido de la mano de la madre: una amorosa garra que se le ajustaba al brazo, para llevarlo, sorteando los peligros, salvándolo y librándolo de todos.

Entonces no era así «La Honduras», como ahora...

Por supuesto, tampoco era el siniestro tembladeral de las fantasías montuvas.

Era una sabana inconmensurable que, hacia el lado derecho del horizonte, contra el río, se arrugaba en unas montañas prietas, oscuras, tenebrosas, donde fijaban albergue las fábulas terribles y las más terribles verdades del campo montuviso.

Después de todo, la mama venía de fuga. Temía que sobre el mandato del padre, imposibilitado físicamente ya, saltara la venganza de los hijos del hermano muerto por ella. Se hurtaba a los hombres como una pequeña fiera. Huía de los lugares poblados, buscando la soledad agreste, más segura que la compañía humana. Capitalmente, escapaba por defender al hijo pequeñín. Pensaba que sus sobrinos, antes que a ella misma, tratarían de herirla en lo que le era más querido. Conocía las rígidas reglas de la ley del talión, más de una vez aplicadas entre las gentes Sangurimas...

Este sitio de «La Hondura» lo halló propicio. Aquí ella construyó, con sus propias manos, al pie de aquel algarrobo que todavía extendía en el aire sus brazos sarmentosos, como un monumento, una covachita de caña: huronera y escondite.

Vivió metida allí, años tras años. Formó una chacra. De los productos se alimentaba con el chico.

—¡Cómo ha cambiado todo! —murmuraba don Nicasio.

Pasado mucho tiempo, se avecindaron en los terrenos aledaños otras gentes.

Le preguntaban a la mujer solitaria:

—¿De quién es esta posesión, señora?

Y ella había respondido enteramente, sin vacilaciones:

—Mía, pues: ¿no ve?, ¿no está viendo? Desde aquí hasta allá, hasta más allá. Se llama «La Honduras». Si quiere, viva no más. No me opongo. Pero, ya sabe, tiene que pagarme el arriendo. En cosecha o como quiera. Pero tiene que pagarme.

—Bueno, señora. Así será.

Arreglado esto, amistaba con los recién venidos. Se dejaba hacer comadre. Iban al pueblo lejano a bautizar a la criatura. Emparentaba así con los vecinos. Cuando fue de confirmar a Nicasio, escogió para padrino al más poderoso de aquellos.

—Esa gente desgraciada creía que mi mama vivía con mi padrino. Pero mentira... Mi mama era una santa.

Al cabo, murió la santa.

Y su hijo, Nicasio Sangurima, la había sucedido en el dominio de «La Hondura».

## Líos judiciales

El viejo Sangurima contaba alguna vez a sus nietos la historia de la propiedad.

—Cuando mi mama me dejó pa irse al cielo, yo era mocetón, no más. Pero, claro, era un Sangurima enterito, sin que me faltara un pelo... Enseguida empecé a mandar. Dije: «Lo que se es en esta posesión, naidien me ningunea». Y naidien me ningunió...

—¿Y cómo fue eso del pleito, papá abuelo?

—Eso fue otra cosa... A los añísimos de estar yo aquí, cuando ya había hecho hasta esta casa misma donde estamos ahora, la junta parroquial del pueblo me vino con que era la dueña de estas tierras... «Ahá», dije yo... «¿Nos entriega a las buenas la hacienda?», me preguntaron... «Vengan por ella», les contesté... Y se

la pegaron, y mandaron dos delegados del municipio, dizque... cuando llegaron les di posada fresca...

—¿Aquí en la casa, papá abuelo?

Don Nicasio soltaba la carcajada destempladamente:

—¡No, en el río!...

Seguía con voz jubilosa:

—Y ahí están todavía, quizás, posando... Una vez, pa una creciente fuerte, vide en la orilla un hueso de pierna. Y dije pa mí, quedito: «Este hueso ha de ser de alguno de los delegados esos». El hueso saldría a asolearse. Y pa que no se insolará, lo tiré al agua de nuevo.

—¿Y el municipio no hizo nada, papá abuelo?

—¡Cómo no! Me metieron pleito. Querían que me fuera a la cárcel y les entregara las tierras, encima.

—Ah...

—Yo bajé a Guayaquil y busqué a mi doctor Lorenzo Rufo, que era un abogao grandote. «Quiero pelear de veras, doctor», le dije. «Por

la plata no le haga. Aquí hay plata». Y seguimos el pleito.

—Ahá.

—Mi doctor Lorenzo Rufo se murió después, y entonces yo dije: «No hay que darle de comer a un extraño. Más mejor es que yo haga un abogao de la familia». Entonces hice abogao a Francisco. Pero el pobre era bruto de nación; casito me pierde el pleito. Al fin, otro abogado lo ganó pa siempre.

—¿Y quién fue ese abogado, papá abuelo?

—El billete, pues... A cada concejal le aflojé su rollo de billetes y, con el aceite, empezaron a funcionar solitos. Hicieron una sesión en que me reconocieron como dueño y todo. ¿Me entienden?

—Ahá.

—Y por esa mala maña y porque mis cosas están en su sitio, ahora ustedes tienen tierra pa enterrarse con las piernas abiertas, si a mano viene...

—Ahá.



## Segunda parte

### Las ramas robustas

#### I

#### «El acuchillado»

El mayor de los hijos legítimos de don Nicasio, habido en su primera mujer, era Ventura.

A Ventura Sangurima le decían «El Acuchillado», por culpa de una profunda cicatriz que le cruzaba el rostro de arriba abajo. También le decían «Cara de caballo». Tenía una serie de motes a cual más pintoresco y atrabiliario.

Ventura era un tipo seco, enjuto, larguirucho. Su mentón se prolongaba en una barba encorvada, con la punta a lo alto; lo que le daba un aspecto siniestro.

No obstante su apariencia, Ventura era en el fondo un pobre diablo. Se parecía un poco a esos termites guerreros, tremenda y aparatosamente armados, que defienden las comejeneras en las tierras mojadas.

Ventura jamás pensaba con su cabeza. Se limitaba a obedecer las órdenes del padre, con un ciego servilismo, incapaz de raciocinar. Si el viejo Sangurima le hubiera mandado a ahorcarse, Ventura habría cumplido el mandato sin discutirlo. A lo más, lo habría consultado con su hermano cura, pero siempre para hacer, en último término, lo que ordenara el padre.

En su obediencia había un temor oscuro, cuya memoria prendía en los días infantiles.

Ventura no olvidaba en ningún momento que su padre cumplía rigurosamente sus amenazas, por tremendas que fuesen. Recordaba que en cierta ocasión, cuando él, Ventura, era un chiquillo, el viejo Sangurima le hizo dar cincuenta azotes de un peón negro que servía en «La Hondura», y al cual no llamaban de otro modo que «Jediondo». Dizque

a los primeros veinticinco azotes, Ventura se desmayó, a pesar de que el «Jediondo» se los había aplicado con mano floja. Compadecido, el negro preguntó a don Nicasio si cesaba en el castigo. El viejo Sangurima había dicho: «Aflójale los demás despacio; pero ajústale el medio ciento, aunque se muera... ¿No fueron cincuenta bejucazos que te mandé que le dieras?». Y la falta cometida por Ventura había sido tan insignificante como no haber querido enlazar una yegua corretona para que montara el padre. «Es que estoy cansado, pues. ¿Acaso soy peón?». Entonces fue que el viejo Sangurima le había mandado dar los palos.

Ventura estaba casado con una dauleña, de esas que llaman «pata amarilla». Era una mujercita retaca, ancha de caderas, con un vientre enorme y de una proliferidad de cuy.

La dauleña le había obsequiado a su marido veinticuatro hijos en veinticuatro años. Justamente uno cada año. Vivían todos, pero no estaban sino dos, los últimos, al lado de los pa-

dres. Los demás se habían regado por el campo, como una semillada.

Tres mujeres, únicas que habían entre las docenas de hijos, estaban en Guayaquil, encerradas en el colegio de las monjas marianas.

Ventura ligaba todas sus esperanzas a las tres hijas. Pretendía hacer de ellas unas damiselas elegantes, que lucieran en la ciudad.

Por eso trabajaba como una mula carguera.

No obstante disponer ya de una considerable fortuna personal, independiente de la segura herencia de su padre, Ventura consagraba todas sus horas posibles a la labor.

Su existencia iba con el ritmo del reloj de las aves de corral, y aun adelantaba. Se alzaba de la cama a la hora en que las gallinas aburren el nidal. Se tendía para el descanso a la hora en que las gallinas trepan a los palos del dormitorio. Y todo el día trabajaba. Era peor que su peón concierto. A pesar de sus años realizaba faenas onustas. Ordeñaba las vacas. Hacía quesos. Rajaba leña. Saltaba agua. Limpiaba desmontes con el machete. Y ya al atardecer,

medio muerto de fatiga, todavía tenía ánimos para bañar a los caballos o frotarlos con líquidos garrapaticidas.

Ventura practicaba la agria virtud del ahorro. Era económico hasta lo inverosímil. Se aseguraba de él que cuando le nacía un hijo, le hacía pañales de sempiterno que luego convertía en ropa de muchos dobleces, los que, a medida que el chico crecía, iban desplegándose para que la tela sirviera lo mismo que antes.

Como ésta había muchas anécdotas sobre Ventura.

A Ventura no le importaba gran cosa lo que dijeran de él.

Seguía con su mismo modo de ser, sin preocuparse de nadie.

El único que lo hacía gastar dinero era su hermano el cura, con quien conservaba una estrecha amistad.

Cuando alguien le reprochaba que trabajara tanto siendo rico, respondía fastidiado:

—Yo soy como el burro; que cuando coge una maña ya no la deja. Esto de trabajar se me ha hecho una maña. Una maña de burro.

De los hijos de Ventura no se sabía cuestión mayor.

Decíase que otro se había radicado en la sierra, donde estaba casado con una mujer acaudalada.

Finalmente, decíase que uno, que se llamaba justamente Ventura, como el taita, andaba embarcado en un vapor de alto bordo, haciendo viajes por mar a puertos lejanos.

Ventura ignoraba o fingía ignorar lo que se refería a sus hijos.

—Pa mis hijos hombres, yo soy como el peje y no como el palomo —decía—. El palomo anda cuidando al hijo grandote. El peje hace al hijo y lo suelta en el agua pa que corra su suerte. Es más mejor ser como el peje.

Esta afirmación suya le había valido un apodo nuevo. Por ella y acaso también por la configuración de la parte alta de su cabeza, lo llamaban «Raspabalsa».

A Ventura no lo enojaban los sobrenombres.

Sin embargo, éste de «Raspabalsa» tenía la propiedad de irritarlo.

Cuando algún muchacho se lo gritaba de lejos, tapándose detrás de los troncos gruesos, Ventura respondía a voz en cuello:

—Anda, dile a la grandísima de tu madre.

Generalmente ocurría que la tal grandísima venía a ser hermana de Ventura, pues el muchacho del grito era alguno de los sobrinos innumerables.

Pero Ventura no se preocupaba de esos detalles. Cuando se oía motejar con el nombre del ridículo pez, poníase desaforado.

Ventura deliraba por las comparaciones zoológicas.

Decía a veces de sí mismo:

—Yo pa trabajar soy un animal.

O también:

—Pa eso soy una bestia de bueno.

Acaso sería por las comparaciones, pero lo cierto es que Ventura amaba a los animales con un acendrado amor.

Cuando veía que sus sobrinos maltrataban a algún animal, les increpaba:

–No frieguen a esa criatura del Señor.

Esto no impedía que cuando los perros lo molestaban con sus ladridos, cayera sobre ellos a bejuco limpio, armando desenfundadas zalagardas.

Al escucharlo, los vecinos comentaban burlonamente:

–Ya está «Raspabalsa» peleando con sus hermanos en el Señor.

Él se justificaba, afirmando:

–Pa mi no hay perro que me ladre, ni gallo que me cante fuerte, ni mujer que me alce la respiración.

En sus raros momentos de cólera, sostenía, como una irrefutable demostración de su hombradía:

–Es que yo soy de la carne misma de mi papás, que por cada hijo que hecho ha deshecho un hijo de otro.

Cuando a los oídos de don Nicasio llegaba la noticia de estas expresiones, murmuraba, sentenciosamente, con cierta tristeza:

—Este «Raspabalsa» es mismamente un pen-dejo, no más.

Por lo común, en el caserío de «La Hondura» se tenía en poca monta a Ventura Sangurima, el mayor de los hijos del viejo.

## II

### El padre cura

Antes que son sus hermanos de padre y madre, Ventura hacía grandes migas con uno de los hijos del segundo matrimonio de don Nicasio: con Terencio, que era cura en San Francisco de Baba, la antigua aldea colonial.

Se veían a menudo.

Ora era Ventura quien emprendía el largo viaje hasta el lejano pueblo; ora el clérigo quien venía hasta «La Hondura».

Su hermano predilecto lograba lo que nadie conseguía de Ventura: hacerle derrochar el dinero.

Cuando «El Acuchillado» armaba camino a Baba, portaba grávidas alforjas, conteniendo los más preciosos productos del campo, para regalo de la mesa del hermano en el convento. Y ya en el pueblo, se desvivía por obsequiarlo, adquiriendo para Su Paternidad las más caras zarandajas en las tiendas de los chinos. Todo sin perjuicio del gasto de cerveza, vinos y licores raros, consumidos en fantásticas cantidades durante la estada, gasto que corría de su cuenta.

En «La Honduras», el padre Terencio tenía casa propia, como todos los demás Sangurimas.

Esta casa estaba habitada por una muchacha muy hermosa cuyo nombre era Manuela, y por un demonio de chico, del que se ignoraba cómo le pondrían en la pila del bautismo, pero a quien se conocía por «Perfetamente», aludiendo al empleo abusivo que hacía de la palabreja.

Estos muchachos figuraban como sobrinos del padre Terencio; lo cual resultaba extraordinario, pues ninguno de los hermanos del cura los reconocía hijos. En ocasiones se decía que eran ahijados del clérigo.

Cuando éste visitaba la hacienda, Manuela y el diablillo lo recibían con grandes zalemas.

Frecuentemente lo trataban de papá.

Entonces el padre Terencio les observaba, con su curiosa forma culterana, donde el habla montuvia perduraba con su sintaxis, con su acento y con muchos de sus vocablos:

—Vosotros mismamente no debéis llamarme papá, sino padrino, que es la parentela que tengo con vosotros de a de veras.

El padre Terencio era hombre divertido.

Decía de él el viejo Sangurima:

—Mi hijo cura sería un gran cura de no gustarle tres cosas: verija, baraja y botija. De resto, es tan bueno como un cauje podrido.

Cuando los dos hermanos se encontraban en Baba, se atizaban unas borracheras formidables.

Se encerraban en el convento y consumían mano a mano cantidades fabulosas de alcohol.

Comenzaban por beber cerveza hasta que deban fin con la no muy abundante existencia del mercado. A continuación se dedicaban a ingurgitar licores extranjeros. Al cuarto o quinto día, ya exhaustos los bolsillos de Ventura, trasegaban aguardiente de caña.

A la postre se quedaban tumbados, medio muertos, en la sala rectoral, tendidos en el piso, revolcándose entre vómitos y escupitajos.

Después de dejarlos reposar largas horas, el sacristán se encargaba de ellos. Les deba friegas en el cuerpo y les hacía oler amoníaco. Tras muchos esfuerzos conseguía que se recobraran.

En ocasiones la tarea era tan difícil que el sacristán llegaba incluso a temer por la vida de los Sangurimas.

Por lo común, el primero que se reincorporaba era Ventura.

Atontado, sumido todavía en los horrores del chuchaque, montaba a caballo e iniciaba la vuelta, dejando a su hermano aún inconsciente.

Era el retorno del pródigo. Volvía el hombre arrepentido, sacudido y nervioso, alarmándose de todo. Virtualmente, iba como un perro apaleado, con el rabo entre las piernas.

Durante estas borracheras se suspendían, por supuesto, en la iglesia, las funciones religiosas. Sin embargo alguna vez, cuando la estada de Ventura coincidía con época de novenario, el cura solía ocupar la cátedra sagrada. Pronunciaba entonces unos sermones pesadísimos, en los que ensartaba mil y un disparates, lanzando afirmaciones descabelladas y emitiendo opiniones que habrían escandalizado al más manga ancha de los teólogos.

La verdad es que, aún en sus cabales, el cura Terencio se llevaba de cancha a los padres de la Iglesia.

Entre sus ideas más peregrinas estaba la de que había que democratizar el dogma, como él decía.

Sostenía que a los montuvios bravíos hay que presentarles las cosas, no solo en forma que las entiendan completamente, sino de la manera que más de acuerdo esté con su idiosincrasia.

Cuando el padre Terencio se andaba en pastoreo de almas por los sitios montañosos, ocurría que aplicara más frecuentemente su método:

Explicaba:

–Si yo les digo a los montuvios que cuando el judío Malco le dio una bofetada en la mejilla a Jesucristo, éste volvió la otra, se escandalizarían, y pensarían que Jesucristo era un cobarde que no vale la pena tomarlo en cuenta...

–¿Y cómo dice entonces, padre Terencio?

–Yo les digo, más o menos: «Iba nuestro señor con esa cruz grandota que le habían cargado los verdugos, cuando en eso sale el judío malamansado de Malco y le suelta una bofetada... ¿Saben lo que hizo el santo varón? En vez de haberle rajado el alma, que era lo que provocaba, como él era tan buen corazón apenas se contentó con decirle al judío: Anda a golpear a tu madre». Así.

En esto y en otras cosas semejantes consistía el sistema del cura demócrata.

El padre Terencio era muy aficionado a las obscenidades. En su anticuado gramófono acostumbraba tocar unos discos cuyos solos nombres denotaban lo que eran: *La noche de bodas*, *Un fraile en un convento de monjas*, y otros semejantes. En su pequeña biblioteca, entre los breviarios, la *Imitación de Cristo* y los manuales de liturgia, figuraban: *Gamiani o dos noches de lujuria*; *La condesa y el cochero*; *La posadera y el estudiante*, y más por el estilo.

El padre sentía un inefable placer, más que en escuchar, en narrar chistes picantes y puercas historietas, donde aparecían como personajes clérigos, monjas de clausura, sacristanes, cantores de coro, beatas y más fauna de iglesia.

Repetía hasta el cansancio cierto cuento asqueroso en el que figuraba un chico criado por un cura. A punto éste de morir, acercaba a aquél al lecho de muerte y le refería la historia

de su vida. El cuento concluía con que el cura confesaba al muchacho que era su hijo; pero que él no era su padre, sino su madre, siendo su padre el arzobispo de Quito...

También sabía el padre Terencio versos repugnantes y canciones de parodia.

Cuando iba a «La Hondura», el cura procuraba esconder en lo posible su verdadera naturaleza.

Sin embargo, cierto día se emborrachó al extremo y se le ocurrió decir una misa por el alma del hermano abogado.

Improvisó con cajones un altar al pie de un árbol, y comenzó a sacrificar de un modo blasfemo.

En lo mejor, le vinieron hipos y náuseas, y se vomitó sobre el altar, quedándose luego como amodorrado...

Don Nicasio supo del asunto. Bajó de su casa y lo despertó a bejucazos...

### III

## El abogado

El hermano abogado, muerto años atrás de modo espantablemente trágico en el sitio abierto de Los Guacayes, constituía para unos Sangurimas algo como el orgullo y el blasón de la familia, mientras que para otros sólo había sido un infeliz, a quien no se le pudo utilizar buenamente ni siquiera para ensayar el filo de un machete nuevecito.

Eufrasio Sangurima, el peor de la tribu, al cual llamaban «el coronel», acaso porque de veras lo fuere, con grado obtenido en cualquier acción de montonería, mostrábase despectivo cuando aludía al doctor Francisco.

—Con perdón de mi mama, Francisco era un hijo de puta —exclamaba—. Bien hecho que lo haigan muerto como lo mataron.

De aquel crimen se susurraba una acusación contra el coronel Sangurima. No alcanzaba ésta a concretarse en nada efectivo, pero

era, entre el bravo grupo familiar, un dicho generalizado:

–El coronel se comió esa corvinita espinosa, pues.

El padre Terencio osó decir cierta vez, estando en sus copas consuetudinarias, defendido por el amparo de su feligresía parroquial, en la Baba de su curato, insinuar el rumor al oído de su hermano Eufrasio, que había ido a visitarlo.

Por supuesto, lo hizo con circunloquios y empleando símbolos bíblicos.

Mirando al machete que colgaba del cinto del coronel, le dijo a éste:

–Acaso esa arma sería la quijada del asno...

El coronel, que no había leído media línea siquiera ni del Antiguo ni del Nuevo Testamento, por la razón elemental de que no sabía leer, se quedó sin entender la alusión. Pero, astuto como era, por un «por si aca...», pensando que su hermano se burlaba de él en alguna manera, lo mandó al ajo y lo trató de mujerona, de bo-

rrachón y de hipócrita, entre una sarta de insolencias cuarteleras.

De examinar desapasionadamente el asunto, advertíase que ninguna causa aparente existía para acusar de la muerte del doctor Sangurima a su hermano el coronel.

Entre ambos, que eran hermanos uterinos incluso, nacidos de un mismo matrimonio del viejo, no habían obrado jamás intereses personales contrapuestos, ni cuestión alguna de litis o pendencia. Se llevaban más bien que mal y conversaban entre sí una amistad respetuosa, sintiéndose ambos valiosos en el conjunto de los hermanos, cada uno por su cuenta y lado.

La muerte del abogado no podía devenir consecuencia alguna de utilidad para el coronel por sí misma. Y por tanto...

Pero la malicia montuvia anotaba ciertas circunstancias e interpretaba ciertos detalles.

Dos días antes de aquel en que probablemente fue asesinado el doctor, el coronel Sangurima desapareció sin causa justificada del caserío de «La Hondura». Cuando regresó,

aparentemente no le hizo mayor impresión la tremenda noticia. Y hasta pareció que la hubiera esperado.

—Ahá. Vean, pues... ¿Y quién será que se lo ha comido, no?

Y se quedó tan campante.

Además, luego de muerto su hermano comenzó a hablar mal de él. Como si quisiera rebajarlo y dar a entender que se trataba de tan poca cosa, que valía tan poco el muerto, que no había que molestarse en averiguar nada.

Todo eso no era lo corriente en el genio del militar, y los montuvios lo advirtieron.

De aquello y de otros hilos perdidos, la malicia campesina sacó partido y dio abasto a sus murmuraciones.

Decíase:

—Que el coronel mismo no lo haiga matado, bueno. Pero él arregló la cosa. Clarito.

—¿Y por qué? Se jalaban bien. ¿Por qué?

—¡Por qué! Ño Sangurima, pues... El viejo... El viejo fue que lo mandó a matar...

—¿El padre?

—¡Y meno!... El doctor estaba perdiendo un pleito gordo y ño Sangurima le había dicho: «Déjame a mí ya. No te metas vos en nada». Pero el doctor Francisco no quería. Dizque decía: «Yo la gano, papás». Y no soltaba el poder que le había dado el viejo, haciéndose gato bravo...

—Ah...

—Entonces el viejo dizque dijo: «Yo no me jodo por naidien. Yo hice este abogado: yo mismo lo deshago. Hay que desaparecer al pendejo éste»... Y lo mandó a matar con el coronel, que es el engreído del viejo...

—¡Ah!...

—Así fue, pues, la cosa.

El doctor Francisco Sangurima había sido un hombre de extrañas costumbres.

Así que se graduó, montó oficina en Guayaquil, en asocio con un colega que fue su compañero en las aulas de la Universidad. Este cófrade era el que hacía la labor profesional.

El doctor Sangurima se encargaba no más de mandar clientes, y se limitaba a percibir su comisión de los honorarios que se pactaban. Su solo apellido, prestigioso en los campos, y la circunstancia de ser hijo del poderoso dueño de «La Hondura», bastaban para que todos los montuvios de los alrededores, buscando congraciarse con las gentes Sangurimas, acudieran a sus servicios. Así, el bufete producía dinero en abundancia. El doctor Sangurima casi nunca estaba en él y ni siquiera en la ciudad. Prefería mejor vivir en pleno monte. Se había hecho construir una casuca pajiza en el sitio abierto de Los Guacayes, y ahí habitaba con un viejo peón que le daba servicios y le cocinaba.

El doctor era una acerba especie de cenobita.

Por su modo de ser había ganado algunas leyendas acerca de su naturaleza sexual.

Antes moraba en el sitio abierto de Palma Sola; pero como otros pobladores acudieron luego a instalarse en las vecindades, alzó con su construcción y la trasladó a Los Guacayes.

Gustaba de la soledad en una forma exagerada. En realidad, era una manía. Pues, según se afirmaba, sufría grandes miedos en la soledad, siempre temiendo que lo asesinaran.

Su muerte se le anunciaba como un presagio fatal, que hubo de cumplirse.

Cierta tarde mandó por víveres a su peón al caserío de «La Hondura». El peón se demoró en el viaje más de la cuenta. Aseguraba que el hijo mayor del coronel lo había emborrachado contra su voluntad.

Cuando el peón regresaba, camino de la casa, vio a lo lejos una mancha negra de gallinazos que voltejaban sobre el techo y penetraban por las ventanas, saliendo después en cruentos combates, como arrebatándose presas.

Disparó al aire su escopeta y las aves ahuecaron.

En el rellano de la escalera lo esperaba un cuadro horroroso: El cuerpo del doctor Sangurima, pedaceado, medio comido por los gallinazos, estaba allí, desprendiendo un profundo olor a cadaverina.

Se calculó que al ser encontrados sus despojos, el doctor tenía ya dos días de muerto.

Acaso lo mataron la misma tarde que el peón salió de compras.

Los asesinos estarían espíándolo tras los matorrale, y en cuanto quedó solitario, lo acometieron.

Y así había acabado sus breves días el doctor Francisco Sangurima, abogado de los tribunales y juzgados de la República... y gamonal montuvio.

Los moradores de «La Hondura» comentaban, al recordarlo:

–Como que lo pedacéen a machete y se lo coman los gallinazos, es muerte de abogao...

–Cierto... A mi doctor Domingo Millán...

–Eso mismo iba a decir. ¡Me lo arranchó de la boca!

–A mi doctor Millán, en Yaguachi, le pasó igualito.

–¿No?

–Me creo de que no fue en Yaguachi.

–Me creo que más bien que fue pa los laos de Juján.

–Tar vez...

## IV

### El coronel

El presunto asesino del doctor Francisco, el coronel Eufrasio Sangurima, era el ojo derecho de don Nicasio.

–Es que eso es hombre, amigo –repetía el viejo–. Se parece a mí cuando yo era mozo. Recortados por una misma tijera somos.

El coronel Sangurima era un tipo original.

Su aspecto físico le daba prestancia singular.

Era de una acabada hermosura varonil. Moreno, alto, musculoso, ojiverde. Con el pelo untuoso, ondeado, venido en tufos sobre la frente ampulosa. Tenía una facha marcial y bandolera. Y en todo él había un aire de perdonavidas.

Además, poseía una voz admirable.

En esto residía su mayor resorte con las mujeres a quienes les jugaba, con su canto acompañado por la guitarra, su carta brava en amor.

Era fama que cuando el coronel pulsaba el instrumento y se ponía a entonar pasillos tristes y valeses lánguidos, virando los ojos en blanco y haciendo muequitas apicaradas con la boca, no había mujer que lo resistiera.

—Se me vienen pa encima, como canoas que se les afloja el cabo en la correntada...

Para narrar sus aventuras, amorosas o no, el coronel era incansable. Si no lo hubiera hecho como lo hacía, habría resultado insoportable. Pero ponía tal gracia en referirlas, que se ganaba la complaciente atención de los oyentes.

—¿Y cómo fue que se sacó a la pimocheña, coronel?

—Verán... Ustedes saben que en la República de Pimocha, porque ustedes sí sabrán que Pimocha, a pesar de ser pueblo chico, es República independiente... La República de Pimocha...

A costa de la aldea fluminense, iniciaba él la

risotada, coreada luego por los oyentes, y proseguía:

—Allá, en cuanto llega la noche, hasta el cura se vuelve lagarto y salen toditos al río a pescar la comida. Cogen lo que caiga... lo mismo un bagre cochino que un cristiano... Nuevas cajadas.

—Por eso en Pimocha los bailes se hacen de día y en cuanto va a oscurecer, a los que no son del pueblo los largan pa fuera...

—¿Y es de veras eso?

—Claro, pues, hombre... Si no, no lo mentara y...Pues verán...Un día, en Pimocha, estaba yo en una matanza de un puerco y estábamos bailando jumísimos. Yo andaba con todita mi gente, bien acomodada. Ahí fue que fue al baile la chola Josefina Ribera y me cayó en gracia... A boca chiquita, me dije: «Lo que es este fundillo va a ser pa mí». Entonces grité, a todo pescuezo: «Hoy es el día de nosotros, como dijo mi comadre Manonga pa el incendio de Samborondón». Y le metí candela al baile y agarré y le dentré a la chola. Pero nada. La chola me

creo que tenía su compromiso y estaba más seria que burro en aguacero...

—¿Y por qué no le cantaba, coronel?

—Aguántese, amigo... Claro: Entonces manoté el instrumento y me puse a jalar amorfinos... También le atizaba aguardiente a la chola, pa que se calentara prontito... Lo que es la chola empezó a derretirse y ahí fue que le propuse... Me dijo como que sí, y antes que se arrepintiera, porque las mujeres son muy cambiadizas, la agarré del costillar, la monté al anca del caballo, la mancorné, y... ¡gulbay!, como dijo el gringo... En la casa armaron un griterío y entonces yo le dije a mi gente: «Delen a esos pendejos una rociadita de bala, pa que no chillen»; y aflojamos una andanada de fusilería... Se callaron mismamente como cuando a un coro de pericos se le echa agua... Creo que se jodieron unos cuantos... Del que sí sé es del padre de la china, Anunciación Ribera, que murió en la refriega.

—¿Pero hubo refriega, coronel?

—Es hablar de soldao. Así se dice en los cuarteles.

–Ah...

Tales eran las historias que contaba el coronel Eufrasio Sangurima.

## Hazañas militares

El coronel Sangurima expresaba orgullosamente que debía las charreteras al general Pedro José Montero.

–El cholo Montero me hizo coronel en el campo de batalla. Fue en la revolución del año once. Ustedes recordarán...

No había habido revolución en los últimos tiempos a la cual no hubiera asistido el coronel Eufrasio Sangurima.

En cuanto llegaba a sus oídos la noticia de que algún caudillo se había alzado en armas contra el Gobierno, el coronel Sangurima se sentía aludido.

–Yo estoy con los de abajo –decía–. Todo el que está mandando es enemigo del pueblo honrado.

Reunía veinte o treinta peones conocidos, que le proporcionaban compañía eficaz. Se trataba de gente escogida, valerosa, amiga de tiros, y machetazos, sin más bagaje que el alma a la espalda. Los aprovisionaba de fusiles, machetes y frazadas que poseía en abundancia; los montaba en buenos caballos criollos; y, él a la cabeza, los botaba por los caminos del monte, lanzando vivas estentóreos al caudillo levantisco.

Tan pronto como salvaba los linderos de «La Hondura», la montonera de Sangurima iniciaba sus depredaciones. Para el coronel, sin más consideración, pasados los límites de la hacienda comenzaba el campo enemigo.

Más allá de los contornos, hasta donde había extendido su prestigio siniestro, a la montonera del coronel la conocían por «la montonera de los Sangurimas», o simplemente «los Sangurimas».

Así que en el agro montuvio sonaba el anuncio de que «los Sangurimas» venían, todo se volvía confusión y espanto.

«Los Sangurimas» no respetaban a nada ni a nadie. Amigos o enemigos, adictos a la revuelta u opositores de ella, habían de pagar su tributo a la montonera en armas.

«Los Sangurimas» saqueaban potreros y corrales. Talaban sembríos. Quemaban cementeras o graneros. Cometían fechoría y media.

Su paso quedaba señalado por huellas indelebles. Era en realidad el paso de los vándalos.

Cuando trepaban a alguna casa, registraban cajas y baúles, cargando con cuanto podían.

Frecuentemente se raptaban doncellas, cuya flor era sacrificada por el jefe. A continuación, iban sobre la mujer los demás montoneros, abandonándola luego, muerte a medias, si no del todo, en cualquier parte, para que la recogieran sus deudos.

Por supuesto, en estas depredaciones no siempre sacaban las mejores consecuencias.

Los montuvios no se sometían así como así. Se defendían a bala o a machete. «Los Sangurimas» anotaban bajas nutridas en sus filas. A

veces, se veían obligados a retirarse sin botín de algún asalto.

Detenido por tales entretenimientos, el coronel Sangurima casi nunca llegaba a reunirse con el grueso de las fuerzas revolucionarias que saliera a apoyar. Pero cuando lograba darles alcance y fomentarlas, incorporándose a ellas, sus gentes peleaban como bravos y vendían caras sus vidas en las sangrientas luchas con las tropas regulares.

Al volver de sus campañas, el coronel Sangurima jamás regresaba por el mismo camino de partida. Por ejemplo, si había iniciado la marcha por el norte, tornaba por el sur; y así lo demás.

El coronel Sangurima decía que ésta era una abusión. Acaso sería una medida de conveniencia, sobre todo cuanto volvía en derrota, para evitarse el encuentro con sus víctimas irritadas y dispuestas a la venganza y al desquite.

Triunfadora o vencida la revolución, el coronel Sangurima volvía, igualmente, a su residencia de «La Hondura».

Y esperaba que se incendiara una nueva revuelta, para salir con su gente.

Los primeros meses de paz se mostraba tranquilo. Luego se inquietaba.

–La gente se me mojosea– decía.

## Cambio de vida

Retirado ya definitivamente de las faenas guerreras, el coronel Sangurima vivía ahora en el caserío de la hacienda, junto a una turba multa de hijos suyos, de distintas madres, por supuesto.

–Son cocinados en hornos diferentes –decía, aludiendo a aquellos–; pero están hechos con la misma masa.

El coronel se había dedicado modestamente al cuatreroismo.

Con algunos veteranos supérstites de la montonera, tenía una como cuadrilla de abigeos, que él capitaneaba.

Generalmente, planeaba el robo y los mandaba a efectuarlo.

Cuando se trataba de una vacada numerosa o cuando la hazaña le ofrecía peligros mayores, iba él mismo a la cabeza de su tropilla.

Todo esto se hacía en el misterio más grande y en el más riguroso silencio.

Ya no sonaba, a la hora de partida, como antes, el alarde gritón ni el zafarrancho de combate. La marcha de «Los Sangurimas» era, ahora, como la de las hormigas, bajo la noche, hacia la presa oliscosa, lejana...act

Sobre el coronel y su gente se amontonaban juicios de abigeato en los juzgados de letras provinciales. Por ello, el coronel rentaba con un fuerte sueldo mensual a un abogado de Guayaquil, el cual se entendía en defenderlo con los suyos.

En los instantes de la máxima dificultad, cuando algún juez amenazaba con condenarlo, el coronel Sangurima empleaba el mismo abogado que su padre.

–El billete, amigo, es el mejor abogado. No le falla ni una. Como dice mi taita, no hay quien le puje.

## Comadreos

Del coronel Sangurima se decía que vivía maritalmente con su hija mayor.

Esta era una muchacha muy bonita, pero un poco tonta.

–Se ha quedao así de una fiebre mala que le dio de chica– explicaba él.

Las comadres montuvias aseguraban otra cosa.

Pensaban que se había vuelto así, por castigo de Dios a su pecado de incesto.

La muchacha se llamaba Heroína.

Este nombre extravagante le recordaría a su padre sus turbulentas aventuras.

## V

### Comentarios

Después de todo, probablemente no sería verdad aquello de que el coronel Sangurima cohabitaba con su hija.

Y de haberlo sido, no era por lo menos el único caso de incesto entre los Sangurimas de «La Hondura».

Había otro caso conocido.

Felipe Sangurima, apodado «Chanco ren-go», vivía públicamente con su hermana Melania, de quien tenía varios hijos.

El padre Terencio, que ocasionalmente intervenía en ciertas intimidades de la familia, no se atrevía a recriminar directamente a sus hermanos incestuosos, porque sabía exactamente lo que se ganaba.

Murmuraba, sin embargo:

—La maldición de Jehová va a caer sobre esta hacienda.

Amenazaba también con el fuego del infierno y con el de Sodoma y Gomorra.

Según él, en breve «La Honduras» sería como un castillo pirotécnico de esos que hacen los chinos para San Jacinto patrón.

El viejo don Nicasio aparentaba no darse cuenta.

Cuando más, decía:

—¡Y yo qué voy a hacer! Yo no mando en el fundillo de naidien.

Añadía, justificando a Melania:

—¡Qué más da! Tenía que hacerle lo que les hacen a todas las mujeres... que se los haiga hecho «Chanchó Rengo»... Bueno, pues; que se lo haiga hecho.

Y justificaba a Felipe:

—Le habrá gustado esa carne, pues. ¿Y...? Lo que se ha de comer el moro que se lo coma el cristiano, como decía mi compadre Renuncio Sánchez, el de Bocana de Abajo... Así es.

## Bejucos

Los demás hijos de don Nicasio eran montuvios rancios, con los vicios y las virtudes de las gentes litorales y sin nada de extraordinario.

Se emborrachaban los sábados de noche y los domingos. El resto de la semana trabajaban normalmente en las labores campesinas.

Las mujeres, casadas o amancebadas, parían incontinentemente, llenando de nietos al viejo.

Gentes montuvias.

Vegetación tropical.

## **Tercera Parte**

# **Torbellino en las hojas**

### **I**

## **Vida patriarcal**

A pesar de todo, en el caserío de «La Hondura» regía un sistema patriarcal de vida, condicionado por el mandato ineludible del abuelo Sangurima, cuya autoridad omnipotente nadie se atrevía a discutir.

El caserío de «La Hondura» era un pequeño pueblo. Una aldeúca montuvia donde el teniente político estaba reemplazado por el patriarca familiar.

Varios de los hijos y los nietos adultos del viejo gobernaban negocios cuya clientela se reclutaba entre la parentela y la peonada.

Habían así, carnicería, botica, pulpería, etc.

También había dos cantinas rivales entre sí: «La Ganadora» y «El Adelanto».

## José de la Cuadra

En esas cantinas, se formaban grandes alborotos los sábados por la noche. La peonada consumía parte sensible de su salario en aguardiente, y se divertía bailando entre hombres o con las hijas de una viuda Sandoya, que era vecina del poblado.

Por causas de las preferencias de las Sandoyas, con relativa frecuencia ocurrían riñas cruentas en las cantinas rivales. Salían de esos muertos y heridos.

Se procuraba ocultar la cosa o disimularla como mejor era posible. Y todo seguía lo mismo.

Cuando la cuestión había sido tamaña, intervenía con su influencia en Guayaquil el viejo don Nicasio.

En tratándose de asuntos de la laya, don Nicasio era muy complaciente.

Sin duda recordaba sus propias aventuras, y no se creería llamado a imponer una moral exagerada cuando él mismo no la había tenido jamás.

En otros respectos, el anciano era intransigente.

## II

### Las tres Marías

Cuando llegaron de vacaciones las hijas de Ventura Sangurima al caserío de «La Hondura», cobró el poblado un inusitado aspecto. Parecía como si constantemente se estuviera celebrando una fiesta popular.

Las tres hijas de Ventura habían concluido sus estudios en el colegio porteño de monjas; y antes de trasladarse a Quito, donde pensaba su padre internarlas en los Sagrados Corazones, para que completaran allí la enseñanza superior, las muchachas fueron a pasar unos meses de descanso en el campo, al lado de los suyos.

Las hijas de Ventura eran indudablemente atractivas.

En nada se asemejaban a su madre, la dueña «pata amarilla». Físicamente, eran Sangurimas puras, casi tan blancas como el abuelo.

Tenían las tres, como primer nombre, el de María: María Mercedes, María Victoria y María Julia.

Debían sus nombres al capricho del padre Terencio, que era padrino colado de todos los hijos de Ventura.

El cura solía llamarlas «Las tres Marías», con un sentido a veces bíblico y a veces astronómico, según le soplara el viento alcohólico del lado espiritual o del lado materialista.

En las muchachas, que estaban en la flor de la edad, la innata gracia campesina se había refinado con los atisbos ciudadanos que pudieron aprender desde el convento cerrado. Además su instrucción por mucho que era elemental, les daba un tono de exquisitez si se las comparaba con sus burdos y agrestes parientes.

Sobre bonitas, las muchachas eran muy coquetas.

En la lancha que las condujera a «La Hondura» estuvieron coqueteando con el capitán, con el piloto y con los pasajeros; y así que saltaron a tierra, buscaron, acomodado amoroso.

Sin distinción, todos sus primos solteros, y aún varios de los casados o comprometidos, las pretendieron de inmediato. Pero los escogidos

fueron los hijos del coronel Sangurima, que eran los gallitos del caserío.

Tan pronto como los tales tenorios rurales comenzaron su asedio, los demás primos levantaron el suyo.

Entre los mozos, los hijos del coronel eran respetados y temidos por su matonería.

## «Los Rugeles»

Los hijos del coronel Sangurima –Pedro, Manuel, Facundo– seguían las huellas de su progenitor, a quien a menudo acompañaban en sus andanzas, secundándolo en sus hazañas de cuatrерismo.

Los muchachos eran valerosos y arrojados, pero con un fondo canalla que se revelaba especialmente cuando estaban en copas, lo que sucedía precisamente cada día.

Por parte de la madre eran Rugel; y se enorgullecían de este apellido, ligado a gentes consagradas a la aventura montuvia... Rugeles,

Maridueñas, Piedrahítas...

Tanto se prevalecían de la ascendencia que con frecuencia se llamaban a sí mismos y les decían los demás: «los Rugeles». Acaso sólo era para distinguirlos de los otros primos Sangurimas.

Entre su parentela, se les acusaba ya, a voz mordida, de haber cometido crímenes horrendos. Acaso eso no fuera verdad. Pero ellos no sólo no se preocupaban de desmentir la especie, sino que, en cierto modo, la fomentaban con un silencio sonriente.

«Los Rugeles» constituyen el más acabado modelo de tenorios campesinos.

Poseían todos los defectos necesarios y las gracias que son menester. Sabían bailar como ningún otro en «La Honduras». Tocaban la guitarra. Improvisaban amorfinos. Montaban elegantemente a caballo. Y hasta se vestían con un aire particular la cotona abotonada al cuello y los pantalones zamarrudos sobre el pie calzado de botines, o desclazo.

Su lema amoroso era, como expresaba uno de ellos, así:

—La mujer no es de naidien, sino del primero que la jala. Mismamente como la vaca alzada. Hay que cogerla como se sea. A las buenas o a las malas.

## Niños mimados

«Los Rugeles» eran los engréidos del viejo Sangurima, quizás porque el coronel, su padre, era el hijo predilecto de don Nicasio.

El viejo Sangurima había hecho por esos nietos sacrificios sin cuento, sacándolos de todos los atolladeros en que se metían.

Cualquier acto que para los otros nietos aparejaba una terrible reprimenda, cuando no un castigo corporal, si lo cometían los mimados merecía una sonrisa plácida y bonachona del anciano.

—Ve que estos muchachos son jodidos —decía—. No se dejan de naidien. ¡Bien hecho! Así hay que ser... donde uno se deja pisar el poncho, está fregao...

Cuando don Nicasio supo de los amoríos de «los

Rugeles» con las hijas de Ventura, llamó a éste a capítulo, al alto mirador de sus conferencias.

–Cuida a esas muchachas, «Raspabalsa» –le dijo, sonriendo–; porque lo que es «los Rugeles» te las van a dañar... Y después no te andes quejando...

Ventura no le concedió importancia a la cuestión.

### III

## Enredos amorosos

Las fiestas en el caserío de «La Hondura» se sucedían una a seguida de otra, casi sin solución de continuidad.

Tras un bailoteo que duraba hasta la madrugada, saludada con sendos vasos de «leche de tigre», ocurría el beneficio de una ternera y el almuerzo consiguiente; y, tras un breve reposo, a la media tarde, un paseo a pie a los cocoteros, o a las manchas de mangos, o a las cercas vivas de cerezos. Y de vuelta a la casa, otra vez el bailote.

Variaba en ocasiones el programa. Se hacían paseos de día entero a sitios distantes. En canoa. A caballo.

Eran «los Rugeles» quienes provocaban estos festejos. Incitaban a sus tíos y a los primos para que hicieran en honor de los huéspedes. O ellos mismos los arreglaban por su cuenta.

En todas estas circunstancias «los Rugeles» buscaban no más la oportunidad de lucirse, exhibiéndose ante sus primas.

Llegó un momento en que las muchachas se ilusionaron de veras.

Entonces fue que «los Rugeles» les propusieron que se salieran a vivir con ellos, según la costumbre del campo montuvio.

Las muchachas, que tenían prejuicios cuyo alcance no comprendían sus primos, se negaron a eso terminantemente.

—Casarnos, bueno —dijeron—. Pero así, como los perros, no...

Facundo, que era el más decidido, de «los Rugeles» aceptó de plano.

José de la Cuadra

–Nos casaremos –resolvió.

Entre «los Rugeles» Facundo era quien llevaba la voz cantante. Sus hermanos coreaban sus expresiones.

–Nos casaremos –Repitieron como un eco.

Esto sucedía cierta mañana, a la orilla del río de los Mameyes, bajo la sombra de los porotillos...

## Declaración de guerra

Una noche «los Rugeles» se presentaron en casa de Ventura. Iban trajeados con lo mejor que pudieron.

Ventura los recibió embromón:

–Se han echado el baúl encima –murmuró.

«Los Rugeles» venían, según su dicho, sobre las armas... De los cintos pendían los yataganes... en la cadera derecha de Facundo delataba su bulto el enorme revólver.

Era ostensible que «los Rugeles» se habían

entonado con aguardiente, sin duda para cobrar ánimos.

Quien habló fue Facundo:

–Vea, tío –empezó con voz nerviosa–; ¡pa qué decirle! Nosotros estamos relacionados con sus hijas. Y queremos, pues, casarnos como Dios manda.

Así que oyeron esta última frase, las muchachas, que habían aparecido en la sala, corrieron a esconderse en los dormitorios, presurosas.

Facundo continuó:

–Vamos, pues, a convidar al tío cura pa que nos case... ¿Qué le parece, pues, que nos casáramos el sábado? Tamos jueves, y me parece que hay tiempo de sobra.

Pensaría Facundo que no se había explicado muy claro, porque añadió:

–Nos casaremos uno con cada una.

Y entendería luego que había dicho una gracia, porque se rió sacudidamente.

Ventura no supo de momento qué contestarle. Por lo que pronto soltó una frase de uso:

—¡Vea que ustedes son bien este pues...!

El hombre pensaba rápidamente. Sabía de lo que eran capaces sus sobrinos. Temía darles una negativa violenta. Pero le horrorizaba acceder.

—¿Qué les parece, pues, si le tomáramos parecer a Terencio? ¿Y al coronel? ¡Ah, ah!...

Facundo hizo por sí y sus hermanos un gesto de repugnancia.

—¿Y? ¿Qué vela llevan en este entierro, mala la comparación, el tío cura y mi papás? Ellos no son los que se van a acostar con las muchachas.

El gesto de Facundo era ahora de franco disgusto.

Ventura estaba aterrorizado. Mas trató de hacerlos comprender.

—A mí me parece muy bien, claro. Me imagino de que las muchachas no pueden caer en mejores manos. Ellas han de estar conformes, seguro. Pero es que yo, o más mejor dicho, Terencio, que es el padrino, quiere que completen los estudios. Se van a ir pa Quito. Cuando

regresen, ¡claro!, se casan con ustedes. ¡Qué mejor! De la misma sangre...

Facundo protestó:

—Déjese de vainas, tío... ¿Pa qué mismo necesitan estudiar más? La mujer, con que sepa cocinar, a parir apriende sola... Usted, perdonando la mala palabra, ¿le enseñó a parir a su compañera u ella hizo no más? Resuelva de una vez y no chingue, tío.

Ventura volvió sobre las andadas. Razonó cuanto le fue dable. Pero Facundo no convenía con nada.

—¡No apriete la beta al toro, tío. ¡Déjese de pendejear y resuelva!

En la discusión se llevaron una hora. A la poste no acabaron de ponerse de acuerdo.

«Los Rugeles» bajaron sin despedirse, con los rostros hoscos y amenazadores.

Facundo dijo desde media escalera:

—Cuidado se arrepiente, tío.

Y abajo, en el rellano, musitó:

—Me la vas a pagar, «Raspabalsa»...

## IV

### Temores

Ventura no concilió el sueño esa noche.

Aconsejó largamente a las hijas. Las recomendó que no se vieran para nada con «los Rugeles».

Las chicas dijeron que sí a todo. Pero ni este ofrecimiento tranquilizó al padre.

–Estos malalma son capaces de cualquier barrabasada –repetía.

Su mujer, la dauleña «pata amarilla», se tragaba el llanto en un rincón.

### La fuga

Por supuesto, «Las tres Marías» no cumplieron con lo prometido a su padre. A la noche siguiente se entrevistaron con «los Rugeles».

«Los Rugeles» insistieron en que se fugaran con ellos.

Al principio las muchachas se sintieron inclinadas a acceder. Después reflexionaron y terminaron por negarse. Pero, en secreto, María Victoria le había dicho a Facundo que ella sí aceptaba, y que bajaría de la casa para reunirse con él cuando cantaran los gallos el anuncio de madrugada.

Efectivamente, María Victoria bajó y se encontró con Facundo en el sitio que de antemano convinieron.

Facundo la trepó al anca de su caballo y se la llevó por el campo aún anochecido.

A caballo también sus dos hermanos le daban escolta.

## La búsqueda

La cosa se supo después, casi a la semana.

«Los Rugeles» habían desaparecido de la hacienda desde el día del rapto.

Nadie daba noticias ni de la raptada. Algunos decían que los habían visto por los linderos

septentrionales de «La Honduras». Otros, en cambio, decían que los habían visto por abajo, hacia el sur.

Ventura tenía no más datos contradictorios.

Se había acercado al coronel para inquirirle noticias. Pero sólo había obtenido respuestas como ésta:

—Vea, hermano, a mí no me meta en sus cojudeces... ¿Y si yo le pidiera que me diga dónde están mis hijos? A usted se le ha perdido una hija; a mí se me han perdido tres hijos... ¿Qué le parece? ¿No será que su mosquita muerta de usted se me los ha jalao a los tres mismamente? ¿Qué le parece, hermano?

Don Nicasio le decía:

—Ya ves, yo te dije: «Cuida a las muchachas esas». ¿Y por qué no las dejastes casar? ¡Más mejor hubiera sido!

Ventura no encontraba apoyo en ningún lado. Los que no simpatizaban con «los Rugeles», les temían; de manera que nadie le daba auxilio.

Desesperado, le escribió al Padre Terencio, mandándole un propio a Baba.

Tan pronto como recibió la carta el cura se puso en camino.

–Yo mismo seré la contestación –dizque dijo.

Cuando llegó a «La Hondura» dispuso:

–Hay que buscar a la muchacha ésa.

Se prestó para acompañarlo a Ventura:

–Mi estado dará respeto...

–Así ha de ser, hermano.

Guardados por dos peones de confianza. Ventura y el padre Terencio salieron a caballo en procura de la perdida.

Recorrieron meticulosamente enorme porción de la hacienda. Andaban día y noche, sujetándose a enrevesadas informaciones, orientándose sobre huellas tardías y borrosas.

Al fin, cerca del sitio abierto de Palma Sol divisaron una mancha de gallinazos...

## Mortecina

—Mortecina —dijo uno de los peones—. Ahí hay una mortecina.

Los dos hermanos cambiaron una mirada aterrorizada. Probablemente recordaron al hermano común, asesinado precisamente en esas soledades, a inmediaciones de donde ahora estaban: tierras como malditas que abandonaron luego sus moradores, espantados del crimen horrendo.

Los Sangurimas se estremecieron.

El padre Terencio fue el primero en envalentonarse.

—Debe ser alguna res atascada, que los gallinazos se están comiendo.

Hasta quiso iniciar un chiste:

—¿Saben ustedes en qué se parece la mujer a una vaca atascada?

Le cortó uno de los peones:

—Hasta acá no llegan las reses. Por aquí no hay pasto ni agua.

Supuso el otro peón:

–Debe ser algún animal del monte.

Contradijo el primero:

–Pero tendría que ser un animal muy grande, porque tetea el pájaro... Como no sea un cristiano... puede que se sea un cristiano.

A Ventura el corazón se le oprimía. Se le dificultaba la respiración.

La cabalgata se aproximó al sitio donde estaban los gallinazos, espantando a las aves.

Cuando la negra nube de alas se levantó, dejó al descubierto un cuerpo desnudo de mujer. Junto al cadáver estaban las ropas enlodadas, manchadas de sangre.

Con un hilo de voz, Ventura Sangurima balbuceó:

–Es María Victoria. Ese traje llevaba.

No pudo hablar más. Rodó montura abajo, sobre el suelo sartenejoso.

Y se estiró en el desmayo...

## El hecho bárbaro

El padre Terencio constató el hecho bárbaro.

A la muchacha le habían clavado en el sexo una rama puntona de palo-prieto, en cuya parte superior, para colmo de burla, habían atado un travesaño formando una cruz. La cruz de su tumba.

Estaba ahí palpable la venganza de «los Rugeles».

Seguramente Facundo, tras desflorar a la doncella, la entregó al apetito de sus hermanos...

¡Quién sabe cómo moriría la muchacha!...

La hemorragia, acaso. Quizás «los Rugeles» la estrangularon. No se podría saber eso.

Entre la descomposición y los picotazos de las aves, había desaparecido toda huella.

Sólo quedaba ahí la sarcástica enseña de la cruz en el sexo podrido y miserable...

## V

# Opiniones

Don Nicasio llamó a Ventura cuando éste estuvo de vuelta en la hacienda, con el cuerpo muerto de su hija.

—Hay que enterrar a esa muchacha aquí mismo, en «La Hondura», a boca chiquita, pa que no friegue naidien —recomendó.

Ventura no contestó.

Habría querido oponerse, redargüir; pero no se atrevía a hacerlo. Hubiera dado cualquier cosa porque estuviera presente en la entrevista el padre Terencio, mas don Nicasio había dicho que quería hablar a solas con Ventura, y el clérigo no pudo acompañarlo.

—Ya ves. Vos tiene la culpa. Por no cuidar a tus hijas. Yo te manoseaba el consejo. Vos no lo has oído.

A Ventura lo estremeció un llanto sacudido.

Lo increpó don Nicasio:

—¿Y qué sacas llorando ahora? ¿La vas a resucitar? Deja el lagrimeo pa las mujeres.

Después de un rato agregó:

—¿Y quién sería que mató a la muchacha? Porque lo que es «los Rugeles», no han sido, seguro. Ellos son alocados pero buenos muchachos. Yo digo de que la chica se habrá extraviado de ellos y ha caído en quién sabe qué manos. Serían tal vez los mismos que se comieron a mi hijo Francisco. Sea como se sea, hay que dejar la cosa quedita. Que no se enteren las malas lenguas, sobre to.

## Intervenciones

Ventura hubo de conformarse.

En verdad, él no estaba seguro de nada. Sabía ahora que no contaba con el apoyo del padre contra «los Rugeles». Y temía de éstos más que antes. Creía muy posible que continuaran en sus venganzas hasta dar fin con los suyos. Después de todo, ahí era nada lo que habían hecho...

Empero, la noticia trascendió a Guayaquil.

Acaso el padre Terencio, que había tomado una larga licencia y estaba pasándose una temporada en «La Hondura», denunció anónimamente el hecho. Era lo más probable.

Lo cierto fue que los periódicos porteños trataron la cuestión en extenso.

Aparecieron largos artículos.

Se historiaba a las gentes Sangurimas. Se daba, incluso aumentada, la lista de sus actos de horror. Se mostraba su genealogía encharcada en sangre, como la de una dinastía de salvajes señores...

En esos artículos, los Sangurimas, eran tratados como una familia de locos, de vesánicos, de anormales temibles.

Los semanarios de izquierda también se ocuparon del asunto. Para estos periódicos, las gentes Sangurimas estaban a la altura siniestra de los barones feudales, dueños de vidas y haciendas, jefes de horca y cuchillo. «En el agro montuvio –decían– hay dos

José de la Cuadra

grandes plagas entre la clase de los terratenientes: los gamonales de tipo conquistador, o sean los blancos propietarios, y los gamonales de raigambre campesina auténtica, tanto o más explotadores del hombre del terrón, del siervo de la gleba, del montuvio proletario –que sólo dispone de su salario cobrado en fichas y en látigo–, que los mismos explotadores de base ciudadana. Aristocracia rural paisana, que pesa más todavía que la aristocracia importada, a la cual gana en barbarie».

## Persecución

Al cabo se movieron las autoridades para investigar la cuestión.

Entró en funciones la gendarmía montada de la Policía Rural.

De Babahoyo salió un piquete del regimiento «Cazadores de Los Ríos».

Y comenzó la búsqueda tenaz de los criminales.

Semanas tras semanas, la labor se volvía infructuosa.

El montuvio aún teme más a la Policía Rural que a los mismos asesinos y ladrones.

Así, por odio o por miedo, nadie suministraba información alguna.

Y el asunto comenzó a olvidarse.

Al mes y medio de lo ocurrido, pocos eran quienes se acordaran de él, fuera de las gentes de «La Hondura».

Cuando acaeció lo imprevisto.

## El combate

Una noche, el caserío de «La Hondura» fue despertado por un nutrido galopar.

Una cincuentena de jinetes armados se metía por los senderuelos, entre las casucas, enrumbando a la casa grande de la hacienda.

Cuando la cabalgata llegó al portal, el que hacía de jefe los jinetes llamó a voz en cuello:

José de la Cuadra

—¡Don Nicasio! ¡Don Nicasio!

Arriba reinaba un silencio absoluto.

El de abajo volvió a gritar más fuertemente todavía:

—Soy yo, don Nicasio, el capitán Anchundia, de la Rural.

Seguía el silencio.

A la postre, cansado ya, el capitán Anchundia amenazó:

—¡Conteste, viejo del carajo, o le aflojo el fuego!... Usted tiene escondidos ahí a sus nietos Rugeles... Entréguelos y no hacemos nada...

Habría seguido hablando el capitán Anchundia, quizá habría ordenado fuego abierto... Pero una bala salida de la oscuridad le atravesó el pecho de parte a parte, derribándolo del caballo.

Lanzó el hombre un profundo quejido, que se perdió en un desconcierto de alaridos. De voces de mando, de chillidos y de silbar de balas.

De su casa había salido el coronel Sangurima con gente armada. Cada peón de los suyos aga-

rraba el fusil o la escopeta y disparaba contra los policiales.

En breve se ajustó una batalla campal bajo las sombras de la noche cerrada.

Cosa de media hora duró el tiroteo.

## VI Bandos

Las gentes de Sangurimas se habían dividido en dos bandos.

El que apoyaba al coronel salió a sostener el ataque de los policias rurales.

El que tácitamente simpatizaba con Ventura permaneció ajeno a los acontecimientos, sin intervenir, en una aparente y medrosa neutralidad.

Para quienes formaban este último bando fue una sorpresa extraordinaria el ataque policial. Algo, en verdad, se había murmurado acerca de que don Nicasio sabía dónde estaban ocultos «los Rugeles»; pero jamás se llegó a

presumir que los tuviera escondidos en la propia casa grande de «La Hondura».

—¡Barajo con el viejo vaina!

—Es que cuando quiere, quiere...

—Y a «los Rugeles» los quiere, claro.

—Así es, pues.

—Así es.

## La captura

Los de la Policía Rural esperaban refuerzos, pues no acendrarón el asalto, sino que empezaron a mantenerse a la defensiva. Se arrumbaron en rincones solitarios y disparaban desde ahí. Se tapaban tras los macizos de árboles o tras las cercas y las palizadas, como tras murellas propicias.

En efecto, cerca de la madrugada se escuchó por el camino real un nuevo galopar. Y a poco, junto con los primeros claros lechosos en el cielo ennegrecido, llegó un grueso destacamento de tropas regulares del «Cazadores de Los Ríos».

Posiblemente atemorizado ante estas fuerzas, superiores en número y armamento, y sin-

tiendo que perdía su ventaja de las sombras nocturnas, el coronel Sangurima, que dirigía a los suyos, se escapó con éstos, dejando libre el acceso a la casa grande de «La Hondura» y evacuando el caserío.

Los policías penetraron al edificio.

Momentos después sacaron atados con sendas sogas, codo con codo, a los tres «Rugeles».

Iban éstos pálidos y vacilantes. Sin embargo, erguían las cabezas, desafiantes y altaneras.

Los condujeron al palenque, y los entregaron a una escolta del regimiento.

Cada uno, amarrado por el pecho a un soldado, los tres «Rugeles», fueron montados a caballo.

Se formó la escolta en cuadro y salió del caserío.

—¿Adónde los llevarán ahora?

—A Babahoyo, pues. A la cárcel.

—¡Ah!...

Cuando «los Rugeles» fueron pasados frente a la casa de Ventura, Facundo gritó burlonamente.

—¡Ah, «Raspabalsa»!...

José de la Cuadra

Mirando a las ventanas cerradas, hizo dificultosamente con una mano, que apenas podía mover, una seña obscena...

La Policía Rural quedó ocupando el caserío.

Se dispusieron centinelas en la casa grande y ambulancia para recoger a los heridos.

La mañana se dedicó a curar a éstos y a enterrar a los muertos.

## Tentativa

Cuando la escolta cabalgaba por el camino real, seguida a alguna distancia por el resto del piquete de los «Cazadores de Los Ríos», el coronel Sangurima intentó una sorpresa para libertar a sus hijos.

Fue rechazado y obligado a fugar con los suyos, confiado a la velocidad de sus caballos hasta el monte espeso.

Se dijo que iba malherido, con un balazo en el hombro.

Después se supo que esto último no había sido verdad.

## Epílogo

### Palo abajo

**E**l padre Terencio acudió a la casa grande, tan pronto como fue posible hacerlo.

Encontró a don Nicasio tumbado en su catre, agarrotándose en una explosión de rabia impotente.

En los ojos verdosos, alargados, había una luz de locura.

Al ver al cura hizo el viejo una mueca:

—Ya estará contento tu compadre «Raspabalsa», ¿no? Ya se jalaron presos a esos muchachos inocentes...

El padre Terencio permaneció silencioso.

—Y ahora dicen que nos seguirán juicio a todos por las muertes que ha habido anoche. La

tropa nos tiene vigilaos por eso. Naidien puede salir de «La Hondura»; naidien puede entrar tampoco...

El padre Terencio seguía escuchando.

Le gritó el viejo:

—¡Rebuzna algo, pues, don cojudo!

Habló el cura. Procuró acopiar su escasa ciencia de consolación cristiana para fortalecer al anciano.

Este le oía lo propio que oía la canción del río delos Mameyes, que ahora mismo estaba sonando, sonando, allá abajo...

—¿Cuánto tiempo les caerá de prisión a «los Rugeles», Terencio?

—Dieciséis años, papás. El comandante del Cazadores me dijo.

—¡Ah! ¡No los alcanzo! ¡Me muriré antes!...

Se deshizo en llanto don Nicasio. Era la primera vez que el padre Terencio lo veía llorar: la primera vez que alguien lo veía llorar. Acaso no habría llorado nunca. Infundía miedo su llanto.

—¡Papás! ¡Papás! ¡Acomódese, papás!

Era un llanto tremendo. Se mordía el hombre las manos hechas puño. Se desgarraba las ropas.

—¡Papás! ¡Hay que tener valor! ¡Hay que ser macho, papás!

Reaccionó don Nicasio:

—Yo soy más macho que vos, mujerona; más macho que todos, ¡Carajo!... Pero es que me duele, pues...

Se calmó, a la postre.

Dijo:

—El pendejo de Ufrasio dañó todito. Yo tenía otro plan. Cuando vide la cosa perdida, agarré y me dije: «Debemos jodernos completos». Y le propuse lo que le propuse. Pero Ufrasio no quiso... Yo le creía más hombre al coronel...

—¿Y qué le propuso, papás?

Don Nicasio explicó largamente el plan que no pudo poner en práctica; lo que habría sido el epílogo verdadero y que era, ahora, no más, el epílogo imaginario, viviente, solo en su cabeza afiebrada...

Más abajo de «La Hondura», el río de los Mameyes cía y da vuelta en una revesa espantosa: la revesa de los Ahogados.

Don Nicasio hubiera dicho a los policiales:

–Más mejor es que nos vayamos con los presos por agua. Yo también quiero ir. Nos embarcaremos en la canoa grandota de pieza...

Los policiales habrían aceptado sin desconfianza.

Y al llegar a la revesa de los Ahogados, habría mandado sacar la tabla falsa del fondo de la canoa y ésta se habría hundido en dos minutos.

–De tierra los peones habrían dado bala a los rurales, que estarían en el agua. Dios habría querido que nos hubiéramos salvado «los Rugeles» y yo... Los rurales, con el peso del fusil, se habrían ido a pique, si no les alcanzaba un balazo... Y de salir mal, pa eso se llama el punto «La revesa de los Ahogados»... Nos habríamos acabado toditos... Claro; más mejor... Más mejor que presos ellos y solo yo... Ahí nos habríamos jodido completos... ¿No le parece, don cojudo?

–Habría sido un crimen horrendo, papás. Su alma mismamente se habría perdido...

–Usté lo creerá así; pero yo no... Pa mí las cosas son de otro modo...

Sonrió vagamente don Nicasio al concluir:

–Usté será todo lo cura que quiera... No me opongo. Pero aquí en confianza, le vo a decir, que pa mí, si Ventura es un pendejo, usté es otro más grande... Más grande...

Inició un gesto lento, con la mano hacia lo alto:

–Grande como un matapalo, amigo...

En los ojos alagartados de don Nicasio la luz de la locura prendió otro fuego...



**Honorarios** de José de la Cuadra fue  
editado bajo el número cuatro en la

COLECCIÓN  
Literatura  Justicia

Por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente  
Gustavo Jalkh Röben  
en marzo de 2014  
con un tiraje de 25 000 ejemplares para ser distribuidos en  
forma gratuita en todo el país por el diario El Telégrafo.

Para este libro se han utilizado los caracteres Fairfield LT  
Ligh 12 puntos.

